



VOLUMEN XII

N 134

2a. Epoca

OTERIA

ENERO 1967

BIBLIOTECA JUAN A. SUSTO

VINCULAMENTO DO INNOVACION VIRELOT

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

ADMINISTRACION

DOÑA CECILIA DE GONZALEZ BARRIENTOS,
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
DIRECTORA GENERAL
BIBLIOTECA: JUAN A. SUSTO
PROF. CARLOS E. GARCIA P.,
Sub. Director General.

JUNTA DIRECTIVA

H. D. Abraham Preffo,
(Presidente)
Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.

Sra. Doña Peñifa Saa de Robles,
Presidenta de la Cruz Roja
Nacional.

Sr. Don Luis Carlos Endara,
Comandante Primer Jefe
del Cuerpo de Bomberos

Sra. Doña Luz Robles de Vannucci,
(Suplente)
Secretaria de la Cruz Roja
Nacional.

Lic. Jorge T. Velásquez,
Gerente General del Banco
Nacional.

Dr. Alberto Bissof Jr.,
Director Médico del Hospital
Santo Tomás.

Sr. Don Eduardo de la Guardia
Presidente de la Cámara de
Comercio, Industria y
Agricultura.

Reverendo Padre Juan Aldo,
Director del Instituto Técnico
"Don Bosco".

Señor Don José Félix Gómez,
Secretario.

Editorial:

A los cien años del natalicio de Darío.....	3
---	---

Ecós de un centenario:

Rubén Darío en Panamá, por Rodrigo Miró.....	5
Santa Claus en Panamá, por Rubén Darío.....	10
Notas sobre un poeta presidente: Núñez, por Rubén Darío.....	12
Pablo Groussac, por Rubén Darío.....	16
Croquis de Panamá (Tres notas), por Rubén Darío.....	17
"Filtration", por Rubén Darío.....	9
"Luz y Vida" (Soneto a Guillermo Andreve) por Rubén Darío.....	20
Rubén Darío (poema), por Leopoldo de la Rosa.....	21

Página de poesía y literatura:

Homenaje a Rubén Darío, por Loea C. de Tapia.....	23
---	----

Recordar es vivir:

Discurso del Bachiller Juan Antonio Susto en las Bodas de Plata de los graduandos del Colegio "La Salle" de 1941.....	39
---	----

Bolivarianas:

Bolívar y la educación del Gobernante, por el Dr. Julio Pinilla Ch.....	33
El Credo Bolivariano y la Doctrina Monroe, por Benito Reyes Testa.....	43
Discurso sobre Bolívar del Gral. José Domingo Espinar.....	47

Un cuento:

La Máscara de Hipócrates, por Manuel Ferrer Valdés.....	52
---	----

Letras del mundo:

Los Enigmas Dilucidados de S. I. Agnón, por Arnold J. Band.....	55
--	----

Espacio para el recuerdo:

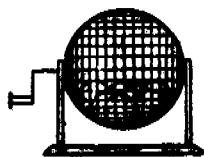
El Teniente Coronel Julio E. Cordovez, por José María Cordovez.....	65
La Biblioteca Nacional y la Semana del Libro, por Ernesto de J. Castellero R.....	67
Efemérides de 1867, por Juan Antonio Susto.....	71

Etnología:

Algunos datos históricos sobre los Albinos Cunas, por Reina Torres de Araúz.....	76
---	----

Voces de aliento:

La Lotería y la asistencia social (Editorial de "Crítica").....	89
Dos Sonetos de Ricardo Miró.....	91
Colaboradores de "Lotería" en el año de 1966.....	92



Directora:
Doña Leticia A. de
González Barrientos

Editores:
Juan A. Susto
Rodrigo Miró

A LOS CIEN AÑOS DEL NATALICIO DE DARIO

Celébrase este año el centenario del nacimiento de Rubén Darío, el hijo de Nicaragua que es gloria del mundo hispánico, orgullo de la estirpe que habla la lengua del Cid y Don Quijote.

Desde los días felices de Garcilaso, Góngora y Quevedo la poesía de nuestra lengua no tuvo eminencia mayor que la de Darío. Hombre poseído por el genio del idioma, consciente de su don; torre de Dios que pudo percibir nunca antes sospechados ritmos e ideaciones, el autor de **CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA** enriqueció el caudal de la lírica castellana, renovando sus ímpetus, y pobló su prosa de agudas intuiciones y natural sabiduría estética. Porque Darío fue siempre auténtico, sabio y esteta. La fórmula justa para realizar obra original y perdurable; por lo mismo, americana y universal. En ese sentido Darío —con él unos pocos elegidos— superó la estéril disputa acerca de la originalidad de las letras hispanoamericanas, legándonos una abundante creación que se impone por su belleza y calidad.

“Lotería” suma su débil voz al coro de loas que hoy entona el mundo hispanoparlante en homenaje del poeta extraordinario, y trae a la actualidad, con el recuento de sus breves visitas a Panamá, páginas olvidadas de Darío que en horas de radiante juventud escribiera para periódicos panameños. Y reproduce —honrar honra— la hermosa elegía que le dedicara Juan Ramón Jiménez.

I

No hay que decirlo más. Todos lo saben
sin decirlo más ya.
¡Silencio! Es un crepúsculo
de ruinas, deshabitado, frío,
que parece inventado
por él, mientras temblaba,
con una negra puerta
de par en par. Sí. Se le ha entrado
a América su rui señor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado a América en el pecho
su propio corazón. Ahora lo tiene,
parado en firme, para siempre,
en el definitivo
cariño de la muerte.

II

Lo que él, frenético, cantara,
está, cual todo el cielo,
en todas partes. Todo lo hizo
fronda bella su lira. Por doquiera
que entraba, verdecía
la maravilla eterna
de todas las edades.

III

La Muerte, con su manto
inmenso, abierto todo
para tanta armonía reentrada,
nos lo quitó. Está, ¡rey siempre!,
dentro, honrando el sepulcro,
coronado de toda la memoria.

IV

¡Ahora sí, Musas tristes,
que va a cantar la Muerte!
¡Ahora sí que va a ser la Primavera
humana en su divina flor! ¡Ahora
sí que sé dónde muere el rui señor!
¡No hay que decirlo más! ¡Silencio al mirto!

Juan Ramón Jiménez

RUBEN DARIO EN PANAMA

Por Rodrigo Miró

Imposibilitado para concurrir a los actos organizados por la Academia Nicaragüense de la Lengua en homenaje de Rubén Darío ahora que se cumple el centenario de su natalicio, quiero hacer acto de presencia a través de estas cuartillas, dedicadas al tema que da nombre a este escrito, breve capítulo de su vida, acaso el menos estudiado.

Dócil al mandato de la Geografía, Darío visitó el Istmo en varias ocasiones, circunstancia que le permitió anudar amistades y vincularse a los pequeños grupos literarios. Según cuenta en su autobiografía, salió de Nicaragua, hacia Chile, en mayo de 1886. "Visité todos los puertos del pacífico", afirma. Pero no conozco noticia que señale para entonces su presencia aquí. De vuelta a su tierra tres años después, toca en Panamá a principios de mayo de 1889. Y aunque no me ha sido dable descubrirlo, debió quedar algún vestigio de esa visita, pues Darío era ya el autor de *Azul*. A partir de ese momento sus arribos quedarán claramente registrados, y la prensa nos ofrece buenos informes.

En efecto, sabemos que el 12 de julio de 1892 llegó de Centroamérica. Viajaba como Secretario de la Misión de Nicaragua a las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América, que jefaturaba D. Fulgencio Mayorga. Satisfecho de la experiencia de la Madre Patria, para él un claro triunfo personal, vuelve en diciembre de 1892. "El joven cuanto esclarecido vate centroamericano Sr. don Rubén Darío se halla entre nosotros desde hace días. Viene de España, donde lucidamente representó a su patria en las fiestas del Centenario de Colón, y donde (nos es grato decirlo) se rindió homenaje a su talento incomparable por los hombres que al presente llevan el cetro en el mundo de las letras castellanas."

Cuando "La Estrella de Panamá" publicó la nota que antecede, el 28 de diciembre, otros periódicos panameños habían dedicado su

(1) Esta nota es reconstrucción ampliada de la que con el mismo título publicó en el No. 69 de "Lotería" de febrero de 1947, en edición dedicada al poeta cuando sus ochenta años de nacido. Allí se reprodujo el poema "Filtration" y se ofreció la fotocopia del soneto autógrafo dedicado a Andreve en 1907.

atención al novel escritor. Un artículo aparecido la víspera en "El Mercurio" recordaba que en "Linterna Mágica" —artículo donde Darío recogió en términos demasiados realistas sus impresiones al cruzar el Istmo rumbo a España— había sido poco amable. Ese mismo día 27 "El Cronista" publicaba "Santa Claus en Panamá", crónica que daba la otra cara de la medalla y mostraba algunas realidades nada deprimentes. (3) Y en "El Mercurio" del día 29 un admirador incógnito, que guardaba reservas por el escrito aludido e imaginaba a Darío hombre mayor, cuenta su encuentro —favorable en general— con el poeta, encuentro facilitado por Simón Chaux, compañero suyo en el viaje de retorno. Por su parte "La Estrella de Panamá" publicaría, en su edición del 31, unas "Notas sobre un Poeta Presidente, resultado de su entrevista con Rafael Núñez, ocurrida en Cartagena poco antes, entrevista de la iba a originarse su consulado de Colombia en Buenos Aires. Las "Notas" contienen una personalísima visión del líder de la regeneración. Darío declara su sorpresa por la ausencia de aparato que rodea al ilustre solitario, hombre sencillo y natural, extraño a protocolos y cumplidos; "hombre esencial", como solía definir a sus claros varones el austero Hernando del Pulgar. Por sus reacciones y compostura, más que por sus años de Inglaterra, encuentra en el poeta estadista un fondo británico. "Núñez no es ainglesado, es inglés." Y a propósito de su poesía, asociada a sus peculiaridades temperamentales, apuntó esta extraordinaria observación. "Pare-

- (2) En carta de 17 de septiembre de 1911 Darío Herrera recordaba a su ilustre homónimo el escrito sobre la navidad panameña, "del que yo fuí inspirador", dice. La carta, hoy en el Jeminanio Archivo de Rubén Darío, de Madrid, se incluye en *Darío Herrera, modernista panameño'* página 109, libro de Gloria Luz Mosquera de Martínez, editado en Madrid, 1964.

Conociendo la mala impresión causada por la nota anterior de Darío, Herrera juzgó oportuno un acto del poeta encaminado a borrarla. Justamente el día en que apareció "Santa Claus en Panamá", "El Mercurio" decía: "El señor Rubén Darío, escritor centroamericano, quien hizo no ha muchos días una descripción de Panamá y sus habitantes, nada feliz, se halla de paso en esta tierra de *negros*. Le deseamos agradables ratos y esperamos que aplique mayor atención a nuestras costumbres para cuando se le ofrezca volverlas a exhibir." Y dos días después publicó un poema a Darío ("Habla Panamá") y firmado por S. de la Barra que decía, entre otras cosas:

*El mongólico, el blanco, el indio, el negro,
 todos en mí encontrarán abrigo,
 porque todos son hombres, todos piensan.
 Ahí está el Universo, él es testigo.*

*Yo amo las realidades, no las formas
 donde se ocultan por caprichos ellas,
 si me seduce el esplendor del día,
 recuerdo que en las noches hay estrellas.*

ceme que Núñez sería mejor poeta si escribiese en inglés o en latín. Así estaría mejor su verba sabia, que pierde parte de su vigor e intención en el pentagrama, en la música verbal de la poética es pañola.”

El cinco de enero el mismo periódico anunciaba la publicación de un libro de Darío sobre España, que aparecería primero en “La Nación”, de Buenos Aires. “Según datos que el mismo Darío nos ha suministrado, la obra constará de cinco partes: I. Los Maestros: Castelar, Núñez de Arce, Valera, Campoamor, Echegaray, Menéndez Pelayo, Cánovas del Castillo, Tamayo, Doña Emilia Pardo Bazán. II. La Juventud: Salvador Rueda. III. El Periodismo. IV. El Teatro. V. Impresiones y Sensaciones de Arte. Entendemos que “La Nación” ha empezado a publicar ya tan interesante obra, que hará más famoso aun el nombre de Rubén Darío.” Para esa fecha nuestro autor había dejado la ciudad. “El Observador”, que el primero de enero de 1893 ofreció su cuento “Sor Filomela”, informaba de su marcha al otro día.

* *

Acompañado de su esposa volvió el de 3 abril siguiente. Venía a recibir, de manos del Gobernador de Panamá, General Juan V. Aycardi, su nombramiento de Cónsul de Colombia en Buenos Aires y el importe de sus gastos de viaje. (*) De ese nombramiento dió cuenta la prensa el 19, cuatro días después de haber informado acerca de su nombramiento allí como Cónsul de su país. Al arribo de Darío, principiando abril, se dijo que pensaba permanecer en la ciudad tres semanas. Estuvo mes y medio. Los días 7, 8, y 9 se anunció *Azul*, “nueva edición aumentada con un prólogo de don Juan Valera”, realizada en Guatemala. El día 15 de abril “El Cronista” publicó tres breves notas, bajo el rubro “Croquis de Panamá”, que rematan con un “pasillo en prosa”. Son típicas muestras del impresionismo descriptivo tan del gusto de los modernistas, y agudas visiones de nuestro paisaje natural y humano. El mismo periódico publicaría luego, el 11 de mayo, unos párrafos de saludo a Paul Groussac, en tránsito hacia la feria mundial de Chicago. “La promiscuidad en la admiración ha producido —decía— la lamentable democracia del adjetivo. Quisieramos para el señor Groussac uno que pusiese a la vista el oro puro de su personalidad.”

En el curso de esas visitas a nuestros jóvenes hombres de letras se les ofreció la coyuntura para dialogar con el poeta, y esa

(3) A ese respecto Adalberto Torres dice que el Gobernador de Panamá le entregó dos mil cuatrocientos dólares, “la más grande suma que llegará a sus manos en todo el curso de su vida.” *La Dramática vida de Rubén Darío*, Guatemala. 1952. Pág. 171.

experiencia afianzó sus simpatías por la nueva escuela. Así ocurrió, de modo visible, con Darío Herrera, la figura mayor del modernismo en Panamá, cuya amistad con el autor de *Azul* nació entonces. También un hermoso poema para el album de Joaquina Diez, una de las beldades de la época. Se trata de "Filtration", que en el tomo publicado por Aguilar en 1954 como suma de su obra poética aparece con el nombre de "Flirt", entre los textos de *El Canto Errante*, y sin referencias a sus vinculaciones panameñas. El poema pertenece obviamente al ciclo de *Prosas Profanas*, libro cuyos componentes iban ya germinando. (1) "Filtration" se publicó en el No. 8 de "El Heraldó del Istmo", entrega correspondiente al 11 de mayo de 1904, mucho antes de que Darío nos visitara por última vez. Su estada en Panamá en 1893 terminó el 16 de mayo, cuando embarcó en el "City of Panamá". Se encaminaba a Nueva York, en ruta a su destino consular.

* *

Procedente de Europa, de paso a su nativo lar, Darío volvió el 16 de noviembre de 1907. Vivía hermosas horas de plenitud. Se hospedó en el "Hotel Central". Allí fueron a presentarle sus respetos, voceros de la nueva generación literaria, Andreve, Dutary, Miró. Una sucinta nota del primero declara: "Nos habló afablemente de sus últimos libros: *Parisina* y *El Canto Errante*; nos recitó en grata intimidad con Hazera, Dutary y Miró algunos de sus recientes versos; hizo a su vez recitar a Miró, cuyo atrevido vuelo aplaude, y nos dijo de artistas y de obras, de ciudades y aldeas, de cosas íntimas y de generalidades, como a viejos conocidos." (2) "Nos habló de Paris. . ." diría, a su turno, el joven lírico de "Las Garzas".

En la noche del 18 se le brindó una comida de pocos escogidos. Se sentaron, peligroso azar, trece en una mesa. Andreve dijo la ritual ofrenda y Darío respondió en tono familiar e improvisó, hidalgo, una estrofa en recuerdo de Jerónimo Ossa, su amigo de Chile recientemente fallecido. Andreve mereció un cordial soneto —"Luz y Vida"— que Darío autografió en su album y Miró dedicó dos al poeta indiscutido. Todo ello, agregados el soneto a Valle Inclán y algunas prosas —fragmentos del prólogo a *El Canto Errante*, "Dilucidaciones", entre otras— suministra el contenido del número 20 de "Nuevos Ritos", dado a la luz con fecha 15 de noviembre de 1907. Rubén Darío hizo mutis el día 19. No reaparecería en la escena del Istmo.

(4) "Pórtico", "Elogio de la Seguidilla", "Palimpsesto" ("Los Centauros" en su primera aparición) son poemas de 1892. "Era un aire suave", de 1893.

(5) "Rubén Darío en Panamá", en "Nuevos Ritos", No. 20, de 15 de noviembre de 1907.

No obstante su relativa brevedad, las visitas de Darío dejaron grata impronta, y constituyen un capítulo todavía no suficientemente explorado. Aparte lo que aquí menciono, otros escritos del poeta recogió la prensa entonces —“La Exposición Histórico-americana de Madrid”, “Un almuerzo con Castelar”, “Historia de un sobretodo”, etc.— que no he destacado por su índole ajena a nuestra peripezia. También algunas notas sobre Darío, como la que poco antes le dedicara en Paris Augusto de Armas. Para mi importan ahora las páginas surgidas de motivaciones locales inmediatas, acaso por ello mismo en gran parte olvidadas. Durante sus días panameños Darío parece haber estado a gusto. Sabía de su ancestro veraguense, y no podía esperar menos que la franca simpatía y cordial admiración con que siempre se le recibió.

Panamá, enero de 1967.

F I L T R A T I O N

En el Album de la Señorita Joaquina Diez

Que a las cúlces Gracias la áurea lira loe;
 Que el amable Horacio brinde un canto a Chloe.
 Que a Margot o a Clelia dé un rondel Banville,
 Eso es justo y bello: que esa ley nos rijal
 Eso lisonjea y eso regocija
 A la reina Venus y a su paje Abril.

El ilustre cisne, cual labrado en nieve,
 Con el cuello en arco, bajo el aire leve
 Boga sobre el terso lago especular;
 Y aunque no lo dice, va ritmando un aria
 Para la entreabierta rosa solitaria
 Que abre el fresco caliz a la luz lunar.

Albas Margaritas! Rosas escarlatas!
 No guardais recuerdos de las serenatas
 En que un tierno pájaro os habló de amor?
 Conoceis la gama breve y argentina
 En que enamorado, su canción divina
 Con su bandolina trina el ruiseñor!

Esa tres estrofas, deliciosa amiga,
 Son un corto prólogo para que te diga
 Que tus ojos llenos de luz sideral,
 Y tus labios, rimas ricas de corales,
 Merecen la ofrenda de los madrigales
 Floridos de líricas rosas de cristal.

De tu ardiente gracia los elogios rimo;
 De un rosal galante la fragancia exprimo,
 Para ungir la alfombra donde estén tus piés;
 Yo saludo el lindo triunfo de las damas.
 Y en mis versos siento renacer las llamas
 Que eran luz del tiempo del Rey-sol francés!

Rubén Darío

SANTA CLAUS EN PANAMA

Por Rubén Darío

Cuando los negros caballos de la noche iban cerca de la mitad del cielo, Santa Claus, el viejo bueno de la gran barba, cruzando en dos zancadas un océano, llegó al Istmo. ¿Venía desde los lugares del polo? ¿Había encontrado al paso a ese otro anciano, su amigo, el Invierno? Es el caso que al brillo de los astros se veía blanquear de nieve la onda crespa y Argentina que le caía por el pecho. Entre la gran carga que traía a luestas — ¡mil sacos! como los de la correspondencia de un steamer! — había uno chico, repleto; el saco en que venía el regalo para el zapatito de los niños panameños; el medio, el real, el luís de oro; o el beso de la madre pobre, que no lo pone en el zapatito sino en la boca del bebé amado! Santa Claus oyó un alegre ruido. No era el de los sonoros trompeteos del órgano religioso, ni las voces de los sochantres, ni los coros músicos, en la misa del gallo, porque ni las puertas de la catedral estaban abiertas, ni señalaba el reloj las doce. Arriba, en lo tranquilo del azul, una estrellita de plata, chica como una lágrima, estaba ambicionando ser ella, una hermosa estrella de oro, como la que a paso pausado y orgulloso iba guiando a los coronados magos al pesebre de Dios.

* * *

Santa Claus oyó como un ruido de pajarera, voces de niño. Y buscó las voces de donde emergían aquellas voces, ¡abuelo de todos! con una bonachona y dulce sonrisa. El ruido brotaba del Club Internacional, y he aquí lo que vio Santa Claus. Vió lo que está dentro de la cáscara de Panamá, el rubí de la granada, lo sabroso de la nuez, la perla de la ostra. Vió a la sociedad panameña en una de sus mejores faces; el hogar; la mujer; el niño. Era la fiesta de Noche Buena que regocija al mundo; la fiesta amable de los niños. El árbol verde que estaba en el centro de un salón, tenía llamas por flores, y por frutos lindos globos rojos y blancos. Una muchedumbre infantil miraba con miradas ávidas el depósito de los juguetes. Miraban, los ojos abiertos cuan grandes eran, a los soldados de plomo acuartelados en cajas; á los pierrots de á cuarta, a los arlequines que llevan campanillas en las manos, á los caballos que ruedan; miraban la bandurria y al monicaco, la matraca, el tambor y el sablecito. Y la niña del cabello rubio no le quitaba la vista de encima á un bebé de hule que tenía la boca como una pin-celada roja.

Era fiesta del Club. El centro panameño da una fiesta anual á los niños, y otra á las damas. La de los unos la noche de navidad; la de las otras con San Silvestre. Era esta la del árbol, la noche del divino Noel. Los niños cerca del ramaje, tenían su algazara. Las cabelleras negras y las de oro, se movían bajo un mismo aliento de dicha. El departamento infantil formaba un pedazo de la más feliz Liliput. Cada cual tuvo su juguete; el chiquitín rosado, que apenas anda, el muñequito ojiazul, del tamaño de Tom Pouce, hasta la preciosa rosa en botón que en la alborada de los doce años crece llena de fragancia de la Primavera.

Santa Claus miraba satisfecho....

En otro salón estaba la flor femenina de la ciudad. Panamá posee un corazón social de gran valía. Preciso es para el viajero penetrar en él y conocerlo.

El Panamá que se ve de paso, el Panamá puente interoceánico, el Panamá comercial ó el Panamá del jamaicano y el chino ¿á quién no se le ocurre que no tiene nada que ver con esta cultura. con esta sociabilidad, con este perfume y alteza del salón panameño? La familia tiene aquí su templo. Y por lo que toca á trato y elegancia, baste decir que además de la savia nacional, reina algo del espíritu francés y del norteamericano. En cuanto á hermosura. Santa Claus vió mujeres sencillamente encantadoras. El piano, por obra de distinguidos amateurs llamó al baile. Bailaron los niños. Y cuando las "niñas grandes" se entregaron a su vez al agradable viento del vals, entre otras hermosuras, pasaba, rápida, bella, "la princesa de una isla", con traje color de rosa.

Santa Claus, partió por fin, en su viaje alrededor del mundo, no sin haber dado un vistazo al templo, donde el órgano estaba ya resonando y los coros cantaban las estrofas santas de gloriosa alegría. En el altar brillaba una enorme constelación de cirios. Los fieles estaban de rodillas. Los sacerdotes cumplían con el ritual; y cuando el señor obispo tomaba su báculo, brillaba la raya de oro en el fondo purpúreo de la capa magna.

Mas al partir, el viejo bueno, Santa Claus, tenía, entre tanta fiesta, en el rostro un algo triste, y algo húmedo temblaba en sus cansados ojos paternales. Es que tuvo un doloroso recuerdo: el recuerdo de los pobrecitos niños pobres y huérfanos que no tendrían en la fragante y luminosa Navidad el regalito de Noche Buena; ni en el siguiente día una madre que les despertase con un beso, á la salida del sol!

EL CRONISTA. Panamá, Diciembre 27 de 1892. Año XIV

NOTAS SOBRE UN POETA PRESIDENTE: NUÑEZ

Por RUBEN DARIO.

He conocido al doctor Núñez, al renombrado Presidente de Colombia, en su retiro del Cabrero; su Olimpo. Júpiter no tiene cancerberos, ni guardias, ni pompa, ni antesalas enojosas, ni humos, ni hinchazones de soberbia, ni siquiera un poquito de la majestad cursi que tan bien sienta a algunos espadones de América. . . l Olimpo es tan modesto como precioso. En la linda península está la casa blanca. Cerca de la casa la ermita de techos rojos. Y tras las palmas verdes del cotal cercano, —vasto, bello, azul, el mar. La ermita la alzó el voto de una mujer, voto hecho en tiempo de luchas terribles. Esa mujer ha llenado de flores y de bienes esa parte de Cartagena en que hoy mora el ilustre poeta. Es la esposa del doctor Núñez; señora amabilísima e inteligente. Para colmo de mi sorpresa, no encontré en ella esas vanidades femeninas, tan comunes en las mujeres de los grandes hombres. Es culta sin preciosismo y sencilla sin vulgaridad. Me habían dicho que era literata. Está tan lejos de las falsas pretensiones de ciertas **bas-bleu!** Su aspecto es el de “una señora de su casa”, tal como deben éstas ser según las tradiciones de nuestros padres. Católica, apostólica, romana; queredora de su marido, alma del hogar. Y que si cultiva el espíritu, no por eso deja que la cocinera ahume la sopa.

Cuando me presentó a su esposo —ella fue la primera persona a quien saludé en **El Cabrero**— pude notar que en su rostro se pintaba cierto cariñoso orgullo. Ella es la Débora del poeta. . . Núñez llegó de su escritorio, donde alcancé a ver un retrato de Gladstone. En el salón en que me recibió, sobre la puerta de entrada, está el de Su Santidad León XIII. Desde mi sillón quise leer un autógrafo pontifical que descubrí en un margen; pero no logré descifrar las patitas de mosca del anciano Padre Santo.

Núñez, —como Núñez de Arce,— parece que debería tener el cuerpo atlético. No se imagina uno a un forjador con miembros delicados: por mas que el “cabito” Bonaparte, que tenía estatura pequeña, haya golpeado con un martillo más grande que el de Atíla, sobre el yunque de mundo. Para que pueda un aliento hacer que se destuerza la trompa de cobre es preciso que brote de pulmones enormes. A veces el aliento no rompe el cefante sino al trompetero, y entonces es cuando cae muerto Roldán. El célebre colombiano que recibía mi visita, es delgado, de apariencia débil. Su mirada fina penetra como una sonda. Charla llanamente, como un excelente señor cualquiera. Cada tres o cuatro frases pregunta a quien le escucha: “¿sabe?” Sería bonachón si no lo impidiese la seriedad esculpida en su rostro, y el azul de su mirar, que a cada rato relampaguea, como diciendo al que está cercano: CAVE LEONEM. Pensaba yo: y ¿éste es el gobernante que en las

tempestades políticas se ha convertido en el espanto de sus contrarios é idolo de los suyos...? Este es el poeta que hoy piensa a la orilla del mar...

Poeta político... no entiendo eso; ó más bien, no lo quiero entender. Yo creo que no es otro el objeto, la atmósfera, el aliento, la vida de la Poesía, que el culto de la eterna y divina Belleza. Que los filósofos se ocupen del misterio de la vida, y de todas las profundidades de lo incognoscible; que los señores políticos se entiendan con la suerte de los pueblos y arreglen esas complicadísimas máquinas que se llaman gobiernos; que los señores militares degüellen, defiendan o conquisten. Perfectamente. Tú, luminoso y rubio dios, has enseñado a tus elegidos estos asuntos en verdad muy interesantes: que las rosas son lindas; que los diamantes, el oro, el mármol y la seda, son preciosas; y que nada hay igual en este mundo á la ventana en donde la mujer amada, Sol, Amalia, Estela, Florinda, mediatubunda y tierna, contempla, en una hora tranquila, un vuelo de palomas bajo el cielo azul. En conclusión: el poeta no debe sino tener como único objeto la ascención á su inmortal sublime paraíso; el Arte.

“Sí —dice entonces Menéndez Pelayo—, pero cabe en nuestros tiempos una poesía más alta que la que es puro color y pura música, ó ambas cosas á la vez; más importante y trascendental que la que hace del amor inagotable tema; obra finalmente que sin perder su condición de artística, y acaso por esto mismo, se convierte en el elemento poderosísimo de organización ó trastorno social. Cuando esta poesía traspasa los lindes del momento presente y abarca todo el cuadro de la vida humana derramando en ella la alegría y la esperanza ó unguiendo sus alas con el suave nardo del sentimiento evangélico, produce as maravillas de **La Campana** ó de **La Pentecoste**. Cuando desciende á la arena de la pasión contemporánea y se trueca en espada terrible y luminosa, surge la canción de Beranger ó el scherzo de Glusti, y con formas y tono mas remontados, la poesía política de Núñez de Arce”. La palabra la ha escrito el joven sabio: “descender”. El poeta, si es político desciende de su alteza, por la razón que da el mismo Menéndez Pelayo; “porque el poeta político en nuestros tiempos, no puede menos de ser un hombre de partido, con todos los atropellos é injusticias que el espíritu de fracción trae consigo”. Imaginación y sentimiento padecen en ásperas bregas en que el que quiera tomar parte ha de ser llevando sobre el alma caparazón de bronce. Cuando se llega a sér cantor y actor, poeta y combatiente, el caso adquiere enormes proporciones. Tal ha sido el de Núñez.

Para mí el poeta tiende por una parte a la naturaleza, y entonces confina con los artistas plásticos; por otra se junta con los sacerdotes, y entonces sube hacia la divinidad. De allí el símbolo, que manifiesta la idea con el encanto de la forma y está animado por un vago y poderoso misterio. Atraer ese caro espíritu del poeta a las agitaciones que conmueven la común de los hombres, es hacerlo salir de su granja. (An. El arte del Albitio de San Esteban).

Le Poete est semblable au prince des nuées
Qui hante la tempête et se rit de l'archer;
Exilé sur le sol au milieu des huées,
Sus años de geant l'empêchent de marcher.

Así, los que se preguntan el por qué del retiro de Núñez á su "villa," dejando nada menos que el puesto de Presidente de la República, no piensan en que bien puede ser la nostalgia de la vida intelectual, la nostalgia del poeta, la que ha causado ese retiro. En el campo civil está el fango, están las espinosas sendas, los odios, los antagonismos implacables, la pasión que usa de todas las flechas y de todos los curares, en el Cabrero el vate Colombiano, si bien no quitando la vista de Bogotá. . conversa frente al océano con sus buenos poetas ingleses y a la hora del crepúsculo, siembra, o riega las flores de su jardín.

Huélgome de hablar únicamente del Núñez del libro y de la rima, porque si algo no le niegan ni sus más tremendos enemigos, en su vasto talento. En Colombia es el que hoy puede llamarse el "maestro". El "maestro" es el que en un país posee mayor suma de fuerza intelectual, cimentada con la experiencia y coronada por las blancas nieves de Kronos. En América hay varios maestros. **Mitre es en la Argentina, Núñez en Colombia, Altamirano y Prieto en México.** Son los generales á quienes los nuevos, los jóvenes de la presente generación, debemos saludar, y presentarles las armas. El "maestro" colombiano encierra un saber profundo, un hondo conocimiento de los hombres y de las cosas. Está formado en molde inglés, molde macizo. Su anglicismo, no es el de Bourger, elegante y sentimental, poco sólido, perfumado con su aromita de Oxford. Núñez no es ainglesado, es inglés. Tiene del británico el culto de la antigüedad, la sed de las claras y puras aguas clásicas: tranquilidad y método en el juicio. Analiza, busca la verdad; su metafísica vuela siempre bajo una hermosa vía láctea poética. Su idea va siempre revestida de cierta grandeza que le pone en el envidiable caso de no ser nunca popular. No todos pueden penetrar entre esa procesión de estrofas misteriosas, graves, meditabundas, desmesuradas, ó sacerdotales. Allá, a lo lejos, en el comienzo de su vida de poeta, aparece con Montaigne poniendo en el fondo de su sedienta alma, viril una interrogación. Luego llegará á abrevarse en la fuente de la sabiduría bíblica, pasará por el huerto de la imitación, y vendrá á cruzarse de brazos ante la puerta de oro de la verdadera fé. La Duda, hija del Mal y de la Muerte, le ha dado á respirar muchas veces sus nocivos y negros éteres. Hay estrofas suyas que son bastas esfinges monolíticas, frías, impasibles. Mas cuando escribe sus versos pasionales, llega á traslucirse la verdad de la emoción, vese cierta humedad en la palabra, y suélese oír su sollozo, un sollozo profundo y masculino.

En cuanto á su técnica, á su composición, Núñez tiene mucho de revolucionario. Su métrica es amplia, y no teme el versificador buscar nuevas formas, nuevas combinaciones en las cuales quepa, huelgue

mejor su pensamiento. Pareceme que Núñez sería mejor poeta si escribiese en inglés o en latín. Así estaría mejor su verba sabia, que pierde parte de su vigor é intención en el pentagrama, en la música verbal de la poética española. Por esto en ocasiones sus versos resultan duros ó prosáicos, ó retorcidos, desconyuntados. Es un sacerdote del arte; mas su manera no es artística, en el sentido moderno. Y más vale así con su modo magistral, sereno, vigoroso, que si hubiese sido contaminado ¡el "maestro"! con la plaga colorista y **artística** que hoy se despierta en toda la América española, donde sin comprender que lo primero es el sentido común y lo segundo el incesante estudio, muchos inexpertos que contemplan el triunfo de unos pocos vencedores pretenden por el peligroso camino de la imitación, llegar a la posesión del arte más elevado pasando sobre reglas y preceptos, y encaquetándose el gorro frigio, en regiones donde blancas musas imperiales los miran espantadas, destrozando las flores, manchar las estatuas de mármol, democratizar los alcázares en que reina la mas encumbrada y augusta de las gerarquías. Y cosa muy singular! la única composición que en lengua castellana haya leído yo, semejante a las modernísimas de los decadentes de Francia, hecha á la manera de Julio Laforgue, es la del doctor Núñez titulada **Sideral**. Por supuesto más clara y comprensible que la del parisiense. Núñez está al corriente del movimiento de la literatura universal; estudia, sabe. Si quisiese modernizarla. A Mauricio Duplessis, el lírico discípulo de Moreas, contentaría esta estrofa, de una aristocracia artística innegable; estrofa romanista:

De humilde hoja de acanto
 Calmíco ofrendo gentil corona
 A las columnas que admiró Corinto:
 Los siglos pasan y el cincel venera,
 En noble capitel la hoja ligera...

No es dado a todos el colocar tan bellamente en un limpido mármol el acanto de Calímaco.

Mas es, ante todo y sobre todo, el doctor Núñez, poeta filósofo, analizador y comprensivo. Escribe versos que son un apotegma ó un versículo apocalíptico ó evangélico. Repito que sabe mucho, y que lo que sabe ha robustecido su intelecto muy de veras. Nada más lejos de él que el dilettantismo. Desde joven se ha nutrido bien; a la inglesa, hasta los platos más modernos, Wordsworth,, Newman, Arnold y los pensadores contemporáneos. Todo fuerte rostbeef, beafteak porter y gimnasia moral. Así se torna uno atleta, cría músculos al espíritu, y se sirva de histerismos mentales y cinismos demoniacos. Núñez ha tenido tres épocas. La primera de esperanzas, de sueños; la segunda de luchas, desfallecimientos y dudas; la tercera de reacción; ha llegado á vencer. ¿Y qué mejor victoria? Por eso dice también un personaje de Huysmans cuando dice que la fé es el único puerto en donde el hombre desarbolado, puede abrigarse en paz.

Colombia, tierra donde toda semilla encuentra vida, madre cuya matriz no se cansa de producir hijos ilustres, tiene en el pensador del Cabrero, una egregia representación de sus energías.

Y si os extrañáis de que no me refiera á su vida política, oh, qué hermoso estaba el sol, cuando dejé aquella morada envidiable y florida'. El aire que pasaba por el Jardín era fresco y grato. A lo lejos el horizonte marino presentaba sin mancha su curva inmensa, sólo interrumpida por la nota blanca de una vela latina que aparecía, suavemente sugestiva y lilial, como una ala de paloma en campo de azul.

"La Estrella de Panamá" — 31 de diciembre de 1892.

PABLO GROUSSAC

Ha llegado a Panamá, de paso para Chicago, á donde va como Delegado del Gobierno Argentino en la Exposición, el señor don Pablo Groussac.

La promiscuidad en la admiración ha producido la lamentable democracia del adjetivo. Quisieramos para el señor Groussac uno que pusiese á la vista el oro puro de su personalidad. El viajero que hoy honra el Istmo es ilustre; ilustre de veras. Hijo de Francia, es argentino. La gran Nación del Plata tiene en él una energía, una luz que ha sabido apreciar. El señor Groussac ha tiempo que dirige la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Como literato, es altísimo. Como educacionista, díganlo sus triunfos en el Congreso Pedagógico de Buenos Aires en 1892. Como periodista, el brillo y el temple de sus armas se vieron en el célebre **Sud América**. Como novelista, léase su **Fruto Vedado**. Su famosa obra sobre Tucumán es de ecepcional mérito.

La Nación, ese diario que honra al periodismo de lengua castellana, ha sido campo en donde el erudito y brillante escritor ha logrado repetidas veces envidiables victorias. Recordamos la "campana" que llevó a cabo en tiempo de la temporada teatral de Sarah Bernhardt, y hasta el soneto francés que rimó el crítico en homenaje á doña Sol.

Su obra monumental anunciada —que conserva inédita— **El problema del Genio**, es de desear que se publique pronto; ella será, dado la fuerza intelectual de su autor, y su estilo, rico regalo para los pensadores, y manjar deleitoso para los exquisitos.

El que estas líneas traza, se complace en saludar en nombre de "El Cronista, y en el suyo propio al eminente recién llegado.

"El Cronista", mayo 11 de 1893.

Impresiones y Sensaciones

CROQUIS DE PANAMA

Por Rubén Darío

I

Sanguina

Esta tarde ha sido toda rosa. El cielo ha puesto en la concha enorme de su gran paleta, todos los rosas posibles. Ha sido el rojo el rey sangriento; un rojo estallante y furioso que desde el foco agonizante del sol, teñía el mar de sangre. Después que se hubo hundido la rueda de fuego púrpura, de fuego condensado y vibrante, de fuego único y occidental, calló la fanfarria de los rojos, se alejaron las clarinadas de los candentes y ofensivos amarillos. Los cardenales fueron poco a poco fundiéndose en una suave disolución de carmin, que gradualmente llegaba, en tonos desfallecientes y cromáticos, al grano de granada, al ala de flamenco, al rosa de niña, al anémico y dulce rosa de té. El mar reflejaba la gloria del poniente. En el horizonte, la única curva que marca a la vista el límite, no se veía, inundada en llamas. Una espesa nube oscura se partió en dos rotondas, dos rotondas sustentadas por una arquitectura inaudita y visionaria. Había una balaustrada gigantesca, sobre un pavimento manchado como por una luminosa y reciente degollación. Pájaro de hecatombe, un águila anaranjada, cual si hubiese pasado por un iris, extendía las alas, cuyos extremos parecían aun húmedos de un agua, de rubí. En un punto del cielo en donde la decadencia del tinte llegaba al desmayo, el suave color trajo a mi memoria un lejano recuerdo. Fue el de una hoja de rosa, exangüe y olvidada, entre las hojas de un libro de horas. Era el libro impreso en Bruselas y de antigua factura. La página en donde descansaba aquella reliquia, quizás, de un amor de romanza, tenía una mayúscula roja, de una exquisita belleza arcaica, a la manera de las que ornan los misales y los antifonarios.

De pronto, el parpadeo rápido y blanco de un foco eléctrico, me sacó de mi vago pensamiento. Tras las colinas cercanas, brumas crepusculares anunciaban la noche. La ciudad encendía sus luces. La última vibración de la agonía de la tarde, fue de un rosa muriente y desolada.

II

La Marea

Una vaga tristeza flota en la costa extensa y solitaria cuando baja la marea. El agua de la bahía panameña se retira a largo trecho. Los muelles parecen alzados sobre sus cien flacas piernas de madera. La playa está cubierta de un lodo betuminoso y salino, donde resaltan piedras deslavadas y aglomeradas conchas de ostras. Las embarcaciones, quietas, echadas sobre un costado, ó con las quillas hundidas en el fango, parece que aguardan la creciente que ha de sacarles de la parálisis. A lo lejos, un cayuco negro semeja un largo y raro carapacho; sobre una gran canoa está recogida y apretada entre cuerdas, la gavia. Agrupados, como una quieta banda de cetáceos, rojos y oscuros, dormitan los grandes lanchones. Un marinero ronca en su chalupa. Las balandras ágiles aguardan la hora del viento. Los boteros chumecas arreglan sus botes y sus pangas chatas. A la orilla del mar, los pantalones arremangados sobre la rodilla, apoyado en un remo, un chileno robusto canta entre dientes una zamacueca. Empieza a oirse el apagado y suave rumor del agua que viene. Suena el aire a la sordina. La primera barca que ha recibido la caricia de la ola, cabecea, se despierta, vuelve a agitarse, curada de la nostalgia del movimiento. De allá, de donde vienen los chinos pescadores, sale, al viento la vela radiada, un junco ligero. Cual si viniese desenrollando una enorme tela gris, avanza la marea, trayendo a la playa su ruido de espumas y sus convulsivas agitaciones. El vagido del mar aumenta, y se oye semejante al paso de un río en la floresta. Es un vagido continuado, en un tono opaco, tan solamente cambiado por el desgarramiento sedoso y cristalino de la ola que se deshace....

¡Canta en voz baja, pon tu órgano a la sordina, oh buen viento de la tarde! ¡Canta para el marino que partirá para un largo viaje, cuando alegre el agua azul la armoniosa visión de un blanco vuelo de goletas. Canta para el pescador que tenderá su red; canta para el remero negro, risueño y de grandes gestos elásticos; canta para el chino que va a pescar, todavía con la modorra de su poderoso y sutil opio. Y canta, mientras la marea sube, para los viajeros, para los errantes, para los pensativos, para los que van, sin rumbo fijo, tendidas las velas, por el mar de la vida, tan áspero, tan profundo, tan amargo, como el inmenso y misterioso Océano!

III

A Una Bogotana —pasillo en prosa—

El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals. Vea usted como aquellos dos enamorados pueden llevar el

compás en medio de la más ardiente conversación. El dice que los lindos ojos de una mujer valen por todos los astros, y los lindos labios por todas las rosas. Como ella quiere demostrar lo contrario le mira con los bellísimos ojos suyos, le sonríe con sus inefables labios, que son en todo iguales a aquellos con que la señorita abril dio el primer beso al caballero de mayo. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

* * *

Oh sí, sí. La fuerza de una pasión es mayor, por infinitas veces, que el empuje de ese enorme y ponderoso Tequendama. ¿Usted conoce la catarata? Dicen que sus aguas saltan de un clima a otro. Que allá abajo hay palmas y flores; que arriba, en la roca que conoció las espuelas de Bolívar, hace frío. Qué delicia estar allá abajo, señora, dos que se quieran! La soberana armonía de la naturaleza pondría un palio agosto y soberbio al idilio. Al ruido del salto no se orirían los besos. ¡Idilio solitario y magnífico! ¿Sabe usted, señora, que tengo deseos de que se casen dos amables solteros, al comenzar a florecer los naranjos? Efraín Isaacs con Edda Pombo. Qué envidiable pareja! ¿Está usted agitada?.... El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

En cuanto las heridas alas de mi pegaso me lo permitan —¡heridas, ay, por dolores hondos y flechas implacables!— ire, señora, a la vía lactea, a cortar un lirio de los jardines que cuidan las vírgenes del paraíso. Al pasar por la estrella de Venus cortaré una rosa, en Sirio un clavel, y en la pálida y enfermiza Sciene, una adelfa. El ramo se lo daré a una gallarda y pura mujer que todavía no haya amado. La rosa y el clavel le darán su perfume despertador de ansias secretas. El lirio será comparable a su alma cándida y casta. En la adelfa pondré el diamante de una lágrima, para que sea ella ofrenda de mi desesperanza.... Bien se conversa al compás de esta blanda música. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

* * *

Con que se va? Feliz, muy feliz viaje! Así sucede en la vida...; el alba, que abre los ojos en un diana de liras, dura un momento; ¡dichoso el monje que oyó por largos siglos cantar al ruiñeñor de la leyenda! Adiós, golondrina; adiós, paloma. . .! Pero, ¿quiere hacerme un favor? Cuando llegue usted a su gigantesco Tequendama, deshoje, a mi memoria, la flor que lleve en su corpiño, y arrójela en las locas espumas, que allá abajo, sobre las rocas, junto a las palmas, hacen temblar sus iris.... El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

— "El Cronista", Panamá, 18 de Abril de 1893 —

LUZ Y VIDA

En el Album de Guillermo Andreve

Andreve, el alma que se dulcifica
con el contacto de las cosas bellas,
tiene una suave irradiación de estrellas
y un dón de sol que todo magnifica.

La idea alumbra y la palabra explica
lo que al pensar dan las Nueve Doncellas;
se anuncia Amor y se borran querellas
si Eros levanta cátedra y explica.

Amor y Sol y Amor y Sol! que al viento
den la ilusión para la dicha humana,
pues al viento van verbo y pensamiento!

Y luz y vida para el alma hermana
que hace brotar mi puro sentimiento
por noble, pura, consecuente y sana.

Panamá, Nov. 18 de 1907.

EN MEMORIA DE JERONIMO OSSA

Vuelvo, Jerónimo, por tu terruño
(Don Juan, don Pedro, don Luis, don Nuño
Son nombres próceres; contigo van).
Pasará el tiempo, pasará el hombre.
Pero grabado será tu nombre
en los cimientos que quedarán.

Rubén Darío

Con la anotación de que "según Laurenza son versos de Leopoldo de la Rosa" conservo unas cuartillas de papel periódico, manuscritas a lápiz, con el poema sobre Darío que a continuación se reproduce. Sin posibilidades inmediatas de una investigación encaminada a probar su autenticidad, lo ofrezco como atribuible al ilustre poeta que tuvo su cuna en Panamá, pues su familia, de Barranquilla, tiene ramificaciones entre nosotros. Leopoldo de la Rosa vivió diferentes etapas de su vida en su ciudad natal, y el poema que aquí se publica, o la versión utilizada, debe corresponder a los años 1928-1929. Ramos Martínez, a quien está dedicado el poema, pintor mexicano contemporáneo, hizo un retrato de Darío.

RUBEN DARIO

A Alfredo Ramos Martínez, en recuerdo de aquellos días que vivimos con nuestro buen Rubén, cabe el mar antillano, y cerca de su alma pálida, harmoniosa y triste.

Cual cabe al rítmico mar antillano
de un día de oro, que ya no es,
tuve en la mía la blanca mano,
la suave mano de gran marqués.

Era en su alcazar de poesía,
y entre sus cisnes y su albo lis,
plata de suave melancolía
extenuaba y entristecía
su sien cubierta de un tono gris.

Lo ví de nuevo triste en la orgía
de su llameante, roja París.
Más extenuada languidecía
su sien cubierta de un tono gris.

Siempre era el príncipe del antillano
día de oro que ya no es.
Diome su suave mano de hermano,
la bella mano de gran marqués.

Y entre el estruendo de la faunalia
huyó danzando, loco de ardor;
cálida, pálida como una azalia
la frente, en fuego, cinta de horror.

Oh, no los sigas, hermano mío.
Huye la angustia, deja el furor;
deja la fiebre y el desvarío:
toma la linfa que da el Señor.
Oh, no los sigas Rubén Darío,
hermano mío de mi dolor!....

Su frente triste resplandecía
por la fulgurea vía estelar.
Sobre una estrella de pedrería
el blanco cisne rompió a cantar.

¡Cómo mis sordos ritmos pudieran
su divo canto triste decir!
Al escucharlo, lágrimas eran
los ígneos astros de oro y zafir.

Se deshacía, se derretía
en lloro y perlas su corazón.
Y el infinito lo comprendía:
el infinito también gemía,
cual arpa rota, con su canción....

¿Cómo fué el tumbo? Lúgubre ola
contra su estrella de azur rompió
Satán maldito. Y su alma sola
sobre las sirtes de un mar cayó....

Temblaba todo, lánguido niño;
gemía todo, sauz de dolor:
era de ave y era de armiño
que toca el fango su gran temblor.

Cual cabe al rítmico mar antillano
del día de oro que ya no es,
puso en la mía su blanca mano,
la suave mano de gran marqués.

“Tengo, me dijo, una punzante
sed de blancura y hambre de azul..
Y el lauro muerde, como quemante
víbora, hermano....” Y su semblante
nubló invisible, trágico tul.

Página de Poesía y Literatura

Lola C. de Tapia

Homenaje a Rubén Darío, el gran poeta universal, con motivo de su centenario

El 18 de Enero del presente año, se iniciaron en Nicaragua las conmemoraciones del centenario de Ruben Darío, el mas alto poeta de América, genio universal de la poesía. Las inauguró la Academia de la Lengua de ese país, con una reunión extraordinaria, a la que concurrieron representaciones de idénticas entidades de los países de habla hispana, incluyendo en primer término, España. De Panamá, asistieron, durante los tres días que duraron los actos, el Dr. Baltasar Izasa Calderón el Profesor, Poeta y Director del Departamento de Cultura del Ministerio de Educación, Rogelio Sinán, la eximia poetisa María Olimpia de Obaidía y el Prof. Ismael García. En Febrero del año pasado, se publicaron extensas producciones sobre el autor de "Cantos de vida y esperanza", para recordar el cincuentenario de su muerte, ocurrida el 16 de Febrero, en su país, en la sala del Hospital de Managua, mientras se le practicaba una operación de cirrosis. Un compás de casi medio siglo, entre su vida y su desaparición. Mientras tanto, qué multiplicidad de agitados incidentes colorearon esos años! Desde los más nobles, hasta los mas pequeños, porque esta criatura sin balance, con rostro de indio y corazón de niño, había nacido bajo la estrella del genio que iluminó su mente, con la más extraordinaria de las inspiraciones. Sus primeros libros, dieron rumbo y dirección a la nueva poesía, el Modernismo; su preocupación fueron la forma y las imágenes; era en sus comienzos, decididamente parnasiano. "Prosas profanas" señalan su ascensión definitiva al modernismo y más adelante al Simbolismo. Su primer libro, fue Azul seguido de "Prosas profanas" y "Cantos de vida y esperanza". Indudablemente, sus viajes, sus estudios, el dominio del idioma francés, influyeron grandemente en su formación, especialmente, los viejos romances españoles, aunque siempre se ha dicho que era "un poeta francés". Ningún lirida de habla hispana ha contribuído como Darío, a las innovaciones de expresión, en la métrica y la acabada expresión artística. Sus producciones fueron, desde sus comienzos: *Azul, Prosas profanas, Cantos de vi-*

da y esperanza y algunas mas, "Canto errante" "Poema del Otoño" y otros; pero su mejor producción, la mas completa es sin duda "Cantos de vida y esperanza".

En el zigzaguo de su vida, muchas mujeres entraron en ella, desde la primera esposa, escogida muy joven, hasta la última, Rosario, que lo arrancó de su miseria moral y corporal, para llevarlo a su país, tratando de salvarlo, de la terrible enfermedad hepática, que fué la causa de su muerte. Sin embargo, la que esplende, como un maravilloso relicario, fue esa humilde mujer española, Francisca Sánchez a quien le dedicó una de sus poesías, ella no solo mantuvo el culto a su persona, sino que conservó, religiosamente, los borradores de sus mas inspiradas composiciones. Como homenaje a Rubén Darío en su centenario, la "Revista Lotería", se embellece con un grupo de poemas suyos, incluyendo el dedicado a Francisca Sánchez, que lleva su nombre.

A FRANCISCA SANCHEZ

Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero.
Francisca Sánchez, acompañamé...

En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe;
hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompañamé...

París, 21 de febrero, 1914.

A PHOCAS EL CAMPESINO

Phocás el campesino, hijo mío, que tienes
en apenas escasos meses de vida, tantos
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos
por el fatal pensar que revelan tus sienas...

Tarda en venir a este dolor adonde vienes,
a este mundo terrible en duelos y en espantos;
duerme bajo los ángeles, sueña bajo los santos
que ya tendrás la vida para que te envenenes...

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,
perdóname el fatal don de darte la vida,
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;

pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas
renovando el fulgor de mi psique abolida.

YO SOY AQUEL

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y lirás en los lagos;

y muy siglo diez y ocho, y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia;
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto;
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que, encerrada en silencio, no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melancolía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de "te adoro", de "¡ay!" y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana;
y así, juntada a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...;
si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo;
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh la selva sagrada! ¡Oh la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh la fecunda
fuente cuya virtud vence al Destino!

Bosque ideal que lo real complica;
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicaba,
cubría de azul deslíe Filomela.

perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde;
hipsípila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muere.

Allí va el dios en celo tras la hembra
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa
sobre cardo heridor y espina ayuda:
así sueña, así vibra, así canta.

Vida, luz y verdad: tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro, como Cristo, exclama
Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal muere en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente:
de desnuda que está brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.

Tal fue mi intento: hacer del alma pura
mía una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul, que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor —¡toda la flauta!
y Aurora, hija del Sol—; ¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento:
la piedra de la honda fue a la onda,
y la flecha del odio fuése al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!

RESPONSO A VERLAINE

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador:
¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,
al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
que se humedezca el áspero hocico de la fiera,
de amor, si pasa por allí;
que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
ahuyente la negrura del pájaro protervo
el dulce canto de cristal,
que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
o la armonía dulce de risas y de besos
de culto oculte y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el encanto;
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
sino rocío, vino, miel;
que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
bajo un simbólico laurel.

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya,
en amorosos días, como el Virgilio, ensaya,
tu nombre ponga en la canción;
y que la virgen náyabe, cuando ese nombre escuche,
llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
de las visiones, pase gigante sombra extraña,
sombra de un sátiro espectral;
que ella el centauro adusto con su grandeza asuste;
a la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
de compasiva y blanca luz;
y el sátiro contemple sobre un lejano monte
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
¡y un resplandor sobre la cruz!

AÑO NUEVO

A las doce de la noche por las puertas de la gloria
Y el fulgor de perla y oro de una luz extraterrestre.
Sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria,
San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara.
De que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión;
Y el anillo de su diestra, hecho cual si fuese para
Salomón.

Sus pies cubren los joyeles de la Osa adamantina,
Y su capa raras piedras de una ilustre Visapur;
Y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente? ¿Va encontrar el áureo barco,
Donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey Enero?
Ya la aljaba de Diciembre se fue toda por el arco
Del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno
El inmenso Sagitario no se cansa de flechar;
Le sustenta el frío Polo, lo corona el blanco Invierno.
Y le cubre los riñones el vellón azul del mar.
Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;
Doce aljabas, cada año, para él trae el rey Enero;
En la sombra se destaca la figura vencedora
Del Arquero.

Alrededor de la figura del gigante se oye el vuelo
Misterioso y fugitivo de las almas que se van,
y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo
Con sus alas membranosas el murciélago Satán.
San Silvestre bajo el palio de un zodíaco de virtudes,
Del celeste Vaticano se detiene en los umbrales
Mientras himnos y motetes cantan un coro de laudes
Inmortales.

Reza el santo y pontifica; y al mirar que viene el barco
Donde en triunfo llega Enero.
Ante Dios bendice al mundo; y su brazo abarca el arco
Y el Arquero.

RECORDAR ES VIVIR

“Palabras dichas en el “Colegio La Salle” el 20 de diciembre de 1966 al celebrarse las Bodas de Plata de los Bachilleres egresados en 1941 y con motivo de la finalización del año académico, por el Bachiller Juan Antonio Susto, de la graduación de 1917”.

Señores :

Recordar es vivir. Debemos mirar hacia el pasado, que es lo único que poseemos como una realidad del ayer. Cuando el 24 de marzo del año actual el Gobierno Nacional me honró con la Gran Cruz de la Orden de “Manuel Amador Guerrero”; evoqué a mi Alma Mater en estas palabras: “debo mi formación intelectual al bienamado Colegio de La Salle donde el próximo 6 de febrero hace medio siglo, obtuve el título de Bachiller, en cuyo homenaje hago esta grata remem-branza”.

Hoy, ya pasados mis primeros setenta años de existencia, añoro los felices días de la Escuela de San Felipe donde hice mis estudios primarios bajo la egida de los Hermanos Cristianos donde años mas tarde (1917) terminé mi Bachillerato con mis condiscípulos Carlos J. Roquebert y José María Grimaldo Ber-nal, desaparecidos prematuramente del escenario de la



D. Juan Antonio Susto

vida y los vivientes Raúl Jaén Polo y Ramón A. Henríquez.

En esa memorable graduación, efectuada en el mismo Salón donde sesionaron nuestros Constituyentes de 1904, dije: “Al decirnos adiós os pido que dirijáis vuestras miradas hacia atrás y

contempléis esa hueste estudiantil que aporta su entusiasmo generoso; que combate con las armas de la razón y la cultura; que enarbola con brío del glorioso pendón del "Colegio La Salle" con su lema "Virtus et Scientia". Los jóvenes que lo integran hoy serán nuestros sucedáneos; ellos beberán el vino de la fraternidad cristiana que nosotros hemos libado".

Revalido mis palabras dichas hace medio siglo en los jóvenes graduandos en esta feliz y venturosa noche decembrina.

El médico y político francés Justino Luis Emilio Combes (1835—1921), que fue Ministro de Educación en 1895 y Presidente del Consejo de Ministros de Francia, en el período 1902 a 1905, prohibió a las órdenes religiosas el ejercicio de la educación e hizo la separación de la Iglesia del Estado. Con tal motivo los Hermanos de las Escuelas Cristianas se vieron obligados a salir de Francia y a esparcirse por el mundo, dirigiendo escuelas y colegios por *asociación*.

El Presidente de la República de Panamá, doctor Manuel Amador Guerrero y su Secretario de Instrucción Pública, don Julio José Fábrega, solicitaron y obtuvieron para nuestro país los servicios de los Hermanos Cristianos, que vinieron en 1904, confiados en la palabra del gobierno.

Don Nicolás Victoria Jaén, sucesor del doctor Fábrega en la Secretaría de Instrucción Pública tuvo que sostener y defender a los Hermanos Cristianos en la violenta campaña emprendida contra ellos.

Les tocó inaugurar la Escuela Normal de Varones el 7 de octubre de 1904 y la Escuela Superior el 21 de noviembre del mismo año. Ambas fueron suprimidas en marzo de 1909 con el fin de reunir las en un solo establecimiento de enseñanza que se convirtió en el Instituto Nacional. El edificio que ocupaba la Escuela Superior vino a ser la Escuela de San Felipe, la cual fue confiada a los Hermanos Cristianos hasta el año de 1913.

El "Colegio La Salle" fue inaugurado en la Avenida Central en abril de 1908. Fundador y director suyo lo fue el Hermano Heliodoro, que lo regentó hasta 1922. Murió este ilustre varón, nuestro mentor, el 18 de agosto de 1944 a la edad de 85 años. Francia lo distinguió con las Palmas Académicas; Panamá, con la Gran Cruz de "Vasco Núñez de Balboa" y la Santa Sede le otorgó la medalla "Pro-Ecclesia". Nuestra Sociedad Bolivariana le impuso su máxima condecoración.

Es de justicia recordar que los dos primeros Bachilleres del "Colegio La Salle" lo fueron, en 1913, el doctor Tomás Guardia,

gloria de la medicina panameña y don Pedro Aguilar (Q.D.D.G.)

Si científicamente la historia es la interpretación del pasado, románticamente es la evocación de ese pretérito.

Para terminar, jóvenes graduandos, juzgo oportuno recordar al "Santo Patrono de todos los Maestros", con las palabras iniciales del ensayo sobre "Lasallismo y Democracia Cultural" que publicó José A. Penagos M. en el "Tiempo" de Bogotá el 15 de mayo de 1961:

"A trescientos años de distancia, Juan Bautista de La Salle aparece como una de las figuras de más recia personalidad del siglo XVII francés. La historia de la educación le reconoce un puesto de primer orden entre los creadores de sistemas pedagógicos; en nuestros días, los historiadores de la espiritualidad han despertado un interés creciente en torno a su doctrina, considerándola como representante de una corriente novedosa dentro de la rica espiritualidad del "grand siècle".

Ya lo enunciamos al comienzo de esta disertación: "RECORDAR ES VIVIR".

A RUBEN DARIO, POETA CIVIL DE AMERICA

Hace ya cincuenta años (¿qué tanto es medio siglo?)
que el sol de Nicaragua te desflecó la voz.
Pero hay soplos tan bárbaros que el soplo de un vestigio
—Polifemo— no apaga y así los oye Dios.

(Ese Dios que no estuvo con Roosevelt, pero en rayos
a Franklin le dio palmas. El que enseñó a Bolívar
que las patrias se juntan a vuelo de caballos.
El que le dio a Morelos la gloria y el acíbar).

Hace ya cincuenta años —y pronto hará un milenio—
que tu voz incandesce por América. Alerta
en el canto y la seña, para guardar la puerta

de asechanzas que rompan la pared y el convenio.
Nos tiraste la llave y la capa también.
Estrechemos las manos, por los siglos, Rubén.

SALVADOR CRUZ

México.

BOLIVAR Y LA EDUCACION DEL GOBERNANTE

Por Julio Pinilla Ch.

(Discurso pronunciado en el Salón Bolívar durante la Sección Solemne celebrada por la Sociedad Bolivariana de Panamá en la mañana del 17 de diciembre de 1966.)

Después de la benévola y generosa presentación del Licenciado Don Manuel Roy, mis primeras palabras no serán un socorrido recurso oratorio ni una expresión protocolar de estudiada o fingida modestia; mis primeras palabras son una franca solicitud a tan distinguido auditorio de que excuse la audacia de quien osa hablar sobre el Libertador Simón Bolívar ante quienes conocen las múltiples facetas de su genio militar y de gran estadista al que tanto debemos los hispanohablantes de este Continente, genio que ha sido estudiado por quienes sí poseen las credenciales para hacerlo, genio que ha sido estudiado a cabalidad sobre todo por los componentes de la Academia Colombiana de la Historia, corporación de la que afirma el venezolano Rufino Blanco-Fombona que es el cuerpo más ilustre en América en Ciencia Bolivariana.

Pero hay dos razones que me han traído a esta tribuna, ocupada anteriormente por connotados voceros de esa ciencia bolivariana, razones que, si no de carácter intelectual, son para mí suficientemente obligantes y diría que son de un orden ético sentimental.

En primer lugar, la gentil invitación me fue formulada por dos maestros a quienes me unen vínculos de cariñoso respeto, maestros cuya trayectoria de trabajo en pro de la cultura panameña es ejemplar para quienes compartimos, en uno u otro campo, la responsabilidad de la educación en nuestro país: me refiero a los bolivarianos Don Manuel Roy y Don Víctor de León.

La segunda razón que pretende explicar mi intervención en esta solemne sesión de la Sociedad Bolivariana de Panamá, es la que expresó, con plena y justificada complacencia, ante la Sociedad Bolivariana de Caracas, el caballero don Gil Blas Tejeira, quien tan dignamente representa a su patria ante la patria de Bolívar. Dijo Gil Blas Tejeira que a los panameños se nos enseña, desde niños, a venerar la figura del Libertador y que los panameños somos más bolivarianos que todos los americanos.

Estos son los motivos que me han traído ante ustedes para invitarlos a recordar y honrar, una vez más, en el aniversario de su muerte, la figura del prohombre que, con don Andrés Bello, otro

insigne venezolano, echaron las sólidas bases políticas, jurídicas y culturales de las naciones de Centro y Sur América.

Y como no soy experto bolivariano, se me ha ocurrido que, aunque parezca un tanto presuntuoso, para cumplir por lo menos seriamente la tarea que se me ha encomendado, lo que debía intentar no podía ser otra cosa que meditar sobre aquellos pensamientos de Bolívar que, expresados hace ya siglo y medio o más, en una situación muy diferente y para otros hombres, aun puedan tener y tienen muchos de ellos, un contenido significativo para los americanos de hoy, en particular pensamientos que se refieren a la educación, al civismo y buena ciudadanía, a su sueño de "Unidad en la América meridional. Sí, una sola debe ser la patria de todos los americanos".

Sin catalogar las ideas de Bolívar dentro de una sistemática filosofía político social y una delineada filosofía educativa, el estudio de su vida y de sus escritos comprueban que sus conceptos del hombre, de la sociedad y del Estado responden a una sincera vivencia filosófica democrática y cristiana; conceptos vertidos, sobre todo, en su conocida Carta de Jamaica, de 1815; en el discurso pronunciado ante el Congreso de Angostura en 1819; en su mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, de 1826.

La lectura de estos y otros documentos me han llevado a la conclusión de que las hazañas militares del Libertador han opacado lamentablemente su procerca figura de estadista de amplia cultura y de arraigadas convicciones cívicas y democráticas. Le complace el título de Pacificador que le dio Cundinamarca; le enorgullece el título de Libertador que le otorgó Venezuela; pero ninguno de todos los que puedan darle, le place tanto como el que él mismo llama el sublime título de buen ciudadano: "Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquél emana de las leyes".

Un concepto del hombre claramente definido en el mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, es el principio básico de sus luchas y de su filosofía político social: recalca que se ha de respetar lo que denomina la ley de las leyes, la de la igualdad, contra la infamia de la esclavitud, que califica como "la más insigne violación de la dignidad humana". Cristo enseñó a los hombres la igualdad y "Dios ha destinado al hombre a la libertad". No puede soportar la idea de que un hombre pueda ser propiedad de otro.

El principio de la igualdad humana lo hace un convencido de que sólo la democracia garantiza una libertad plena, ya que sus bases deben ser "la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios". Pero no escapan a su clara

visión de gran gobernante los peligros que amenazan a una América latina que se inicia en la vida democrática. Las leyes aún no han purificado el aire de la colonia, y los restos de los duros hierros de la dominación española pueden convertirse en armas liberticidas.

Y Bolívar señala la causa de que aún perdure esta situación de peligro: la ignorancia origina la pérdida de la libertad, si ésta se ha logrado, porque se confunde con el libertinaje, y lleva, entonces, a preferir la fuerza de tiranos al imperio de las leyes.

No debe, por tanto, extrañarnos el triste espectáculo que nos presente la historia, de democracias que carecen de poder, prosperidad y permanencia; democracias en que imperan el desorden y la miseria y, en cambio, algunas monarquías y aristocracias perduran, prósperas, por siglos.

Ante tal realidad histórica, Bolívar no se arredra e insiste en los principios: la igualdad de los hombres es un derecho natural, derecho sancionado por la pluralidad de los sabios; pero así como está sancionado por la pluralidad de los sabios que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad", también lo está "que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos".

Este pensamiento de Bolívar es indiscutiblemente verdad para muchos filósofos de la educación, que consideran que el no aceptarlo es, aunque parezca paradójico, consecuencia de prejuicios de clases sociales: democracia en educación significa igualdad de oportunidades, pero oportunidades iguales no quiere decir oportunidades idénticas. Los filósofos aludidos sostienen sin reservas la opinión de Bolívar de que no todos pueden ser igualmente aptos para ocupar todos los rangos porque, como dice el Libertador, "La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres", no importa su origen social.

Además de la desigualdad de genio e inteligencia naturales, el arte de gobernar, por otra parte, requiere personas especialmente capacitadas y, más aún, no basta ser persona culta, ojalá todos los que gobiernan lo fuesen; se requiere una formación, una educación que les enseñe a los magistrados "la ciencia práctica del gobierno", ciencia que no puede aprenderse en códigos que corresponden a repúblicas aéreas y escritos por visionarios. Cuando Bolívar, al señalar la causa de los primeros fracasos del naciente estado de Venezuela, dice que "tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados", está precisamente indicando que el arte del gobierno no puede ser ejercido por quienes carecen de una formación especial para ello; usa el término "filósofos" no para despreciar la filosofía, sino que

está influido por el concepto de filosofía que predomina en la América Latina de entonces: una filosofía tradicional teórica que rehusaba contaminarse con los problemas de la vida diaria, una filosofía que se concretaba a formular principios indiscutibles, una filosofía que, quienes luchaban por la independencia de América, consideraban destinada a servir o a justificar los intereses de la corona.

En el fragor de una lucha tan dura como la que dirigía para lograr la independencia de América, asombra la clarividencia de Bolívar ante los problemas a que debería hacer frente una América, ya liberada, democrática. La monarquía española había sometido a los americanos al duro trabajo de extraer riquezas que eran enviadas a la península o de las que sólo disfrutaban los personeros de la corona, quienes no permitían a los americanos el compartir las responsabilidades del gobierno y de la administración, a no ser en casos muy excepcionales. He aquí, entonces, la consecuencia:

“Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos; y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad”.

Pero Bolívar no se conforma con anotar la dificultad que representa para los americanos el salir de una condición de “siervos propios para el trabajo”, a la de pueblos que deben regir sus propios destinos; los americanos prefieren la república porque están “ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura”. Y si no están preparados para formar una gran república, hay que buscar el camino para lograrlo.

Rechaza decididamente la monarquía, y cualquier forma de monocracia. La detentación del poder por un mismo ciudadano, durante largo tiempo, origina la usurpación y la tiranía. “Huid del país donde uno solo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos”. De aquí, entonces, que las elecciones sean “esenciales en los sistemas populares”.

Pero pocas veces Bolívar recalca una idea con tanto énfasis como el que pone al referirse a la ignorancia y sus funestas consecuencias en un régimen republicano; la ambición y la intriga de unos cuantos inescrupulosos “abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil”. Estas palabras de Bolívar podrían aplicarse a muchos ambiciosos e intrigantes de nuestra América de hoy, así como su alusión a los votantes sin ningún conocimiento sobre lo que significan las elecciones populares. En proclama a los

ciudadanos de la Nueva Granada (1812) llega a la dolorosa conclusión de que el fracaso de las fuerzas libertadoras en Venezuela se debe a la desunión, y no a las armas españolas. Y esa desunión ha sido consecuencia de que "unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros, tan ambiciosos que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votación libre y acertada; lo que ponía el Gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales".

Esa ineptitud e inmoralidad habían llevado, por otra parte, a la disipación de las rentas, una de las causas del fracaso de la república, disipación "particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales".

Y al Congreso de Bolivia dirá que "todos hablan de responsabilidad, pero ella se queda en los labios". Abusan de sus facultades los funcionarios de mayor y los de menor jerarquía sin que se castigue este abuso.

Debemos recurrir al ejemplo de naciones de la antigüedad y de la época moderna, aunque advierte que no se debe imitar servilmente ningún régimen de gobierno, por excelente que sea o haya sido. Hay, sí, una sabia lección que podemos extraer de las grandes democracias de ayer y de hoy; su éxito o fracaso ha dependido de que hayan contado o no con hombres distinguidos por la virtud, el patriotismo y la cultura. Decía Bolívar: "Los códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: Hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las Repúblicas".

La afirmación anterior no significa un menosprecio de las normas legales; sino que tales normas deben ser adecuadas al carácter de la Nación, "las leyes deben ser útiles", recomendaba al Congreso de Angostura. Puede dictarse una serie de leyes hermosas por su contenido de justicia, pero que parecen destinadas a lo que Bolívar llamó repúblicas aéreas. Leyes apropiadas al carácter de la Nación se logran cuando ésta cuenta con hombres virtuosos, patriotas e ilustrados, capaces de mover las grandes palancas que aseguran la prosperidad de un pueblo: la industria, el trabajo y el saber, palancas indispensables para lograr "lo más difícil entre los hombres, hacerlos honrados y felices".

En su afán por fortalecer una democracia incipiente, que, como ya queda indicado anteriormente, Bolívar ve amenazada por tantos peligros, concibe algunas soluciones que han sido tachadas de utópicas, ilusorias, paternalistas. Inspirado en la Cámara Alta de Inglaterra, propone al Congreso de Angostura un Senado hereditario que "no sólo sería un baluarte de la libertad, sino un apoyo para eternizar la República".

Para constituirse en tal baluarte y apoyo, debería ser una especie de cuerpo neutro y, "para que pueda ser tal, no ha de deber su origen a la elección del Gobierno ni a la del Pueblo; de modo que goce de una plenitud de independencia que ni teme, ni espere nada de estas dos fuentes de autoridad"; estaría, entonces, en posición de defender al Gobierno de los intentos del pueblo de rebelarse contra la autoridad y defendería al pueblo contra los abusos del Gobierno. Para asegurarse de que tal Senado llenaría a cabalidad sus funciones legislativas y su deber de velar por los intereses del pueblo, propone Bolívar una solución tan hermosa como la utopía platónica y bastante similar a ésta. Los primeros senadores serían elegidos por el Congreso entre aquéllos que "a costa de los más heroicos sacrificios" han fundado la República; sería una forma digna de demostrarles la gratitud a que se han hecho acreedores. Los sucesores, esto es lo de Platón, recibirían una rigurosa educación, especialmente destinada a ellos, en las artes, ciencias y letras. Se les inculcaría, desde la infancia, la íntima convicción de que se trata de una dignidad a la que han sido destinados por la Providencia. En ningún momento ha pasado por su mente, recalca Bolívar, la intención de crear una nobleza; sólo pretende curar males que parecen congénitos en la democracia. Y coincide exactamente con la idea del viejo Platón, de que el arte de gobernar requiere personas especialmente formadas y educadas para desempeñarlo a cabalidad.

Pero Bolívar no se limita a sostener que sólo los gobernantes necesitan una adecuada educación; si no se educa al pueblo, la igualdad constituye un peligro que puede llevar a la anarquía o a la tiranía; hay, entonces, que encontrar un equilibrio de poderes que permita la realización de lo que él llama "la Suprema libertad Social", que no puede significar libertad absoluta ni poder absoluto. Y ese equilibrio que modere la voluntad popular y limite la autoridad pública, sólo se logra cuando "El Amor a la Patria, el amor a las leyes, el amor a los Magistrados, son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un Republicano", porque, "Si no hay un respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo". Claro que no se puede amar leyes que han sido nocivas ni magistrados que han sido venales e inicuos.

Y el respeto a la patria, a las leyes y a las autoridades no puede lograrse sino mediante la educación. América no sólo necesitaba contar con legisladores sabios, patriotas y virtuosos. Estos legisladores tenían el deber de exterminar la ignorancia del pueblo.

Cuando connotados filósofos europeos aún posteriormente se atreverían a sostener la errónea tesis de que la educación sólo de-

bía darse a un grupo de privilegiados, le recalca Bolívar al Congreso de Venezuela la siguiente verdad, hoy incuestionable:

“La Educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades”. Ya en 1815, escribía al editor de *The Royal Gazette*, de Kingston, Jamaica, que la ignorancia y la debilidad son las dos más copiosas fuentes de calamidad pública.

Tomemos el ejemplo de Atenas, de Roma, de Esparta y “re novemos en el mundo la idea de un Pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso”.

Esta solicitud del Libertador por la redención cultural y moral de América, lo llevó a interesarse vivamente en la creación de escuelas de diversa índole en importantes ciudades del Continente. Y al Congreso de Angostura propone que debe dar a la República “una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana”; no está, ni mucho menos, prohibiendo una concepción absolutista del Estado, por el estilo de Hobbes; les advierte a los legisladores contra los dos monstruos que se combaten entre sí y que amenazan como un inmenso océano a la pequeña isla de la libertad, monstruos que no son otros que la tiranía y la anarquía. Esa cuarta potestad la concibe Bolívar como un Areópago que tendrá jurisdicción con respecto a la educación y a la instrucción, que “vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la República”.

Si para afianzar la independencia y la democracia, pensó Bolívar que América requería hombres especialmente preparados en el arte de gobernar, si pensó en la necesidad de educación para fortalecer la moral pública y elevar el nivel de vida de pueblos abandonados, huérfanos de cultura durante los siglos del coloniaje, no fue menor su preocupación, ni escatimó esfuerzos para lograr que esos pueblos estrechasen sus lazos de unión para conseguir los mismos fines. Durante la dura lucha por su libertad, América esperó inútilmente que las naciones cultas acudiesen prontamente en su ayuda; adoptaron, en cambio, lo que produjo una profunda desilusión en Bolívar, adoptaron una actitud de inóviles espectadores, no sólo los pueblos europeos sino también aquellos a quienes llama nuestros hermanos del norte. El no artibua esa indiferencia a simple falta de generosidad ante una causa justa, sino que implicaba falta de visión del futuro, ya que la libertad del hemisferio de Colón era de vital interés para todos los pueblos del mundo occidental. Tan criminal pasividad no lo hace

dudar, por un momento, del resultado de la lucha entablada, la victoria final; y que sepan los indiferentes y los enemigos que América cuenta con el arma definitiva, el amor a la libertad; ahí está el sublime ejemplo de los indómitos araucanos de Chile, ejemplo que “es suficiente para probarles que el pueblo que ama su independencia por fin la logra”.

El amor a la libertad que profesan los pueblos americanos por una parte y, por otra la indiferencia de quienes estaban obligados a prestarles apoyo en su lucha, hacen necesaria una unión que ha faltado “para completar la obra de nuestra regeneración”.

Por ello, ya en 1818 escribe Bolívar a Juan Martín de Pueyrredón, Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que él se empeñaría en buscar la realización de un pacto que hiciese de todas nuestras repúblicas, una América Unida y que “presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas”. Esta unión de las naciones americanas no afectaría el orden interno propio de cada una.

A propósito de estos planes de Bolívar y aunque demasiado conocidos, no resistimos el deseo de recordar algunas alusiones del Libertador al Istmo de Panamá; nos enorgullece a los panameños el hecho de que Bolívar pensase en Panamá como el lugar ideal para un Congreso de todas las naciones: “Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio”. “Que bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos”. Nos satisfacen y enorgullecen a los panameños las palabras de Bolívar sobre el Istmo de Panamá; pero lo más importante es la misión que asigna Bolívar a ese congreso de naciones, la trascendencia de ese congreso de las naciones del mundo: para “tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra”.

Había formulado la invitación al Congreso de Panamá, desde 1822, como Presidente de Colombia; cuando reitera la invitación, desde Lima, en 1824, define dicho Congreso como una Asamblea “que nos sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliación, en fin, de nuestras diferencias”.

Pero la importancia no es sólo del istmo de Panamá; debe hacerse notar que esa importancia la atribuía a “los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala”. Soñaba Bolívar que la posición geográfica de la América Central redundaría en beneficio de los países que la forman: “Esta magnífica posición entre los dos mares, podrá ser con el tiempo el emporio del universo, sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán

los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo”.

Qué desilusión sufriría Bolívar si pudiera verificar que los que menos se han favorecido con la ventaja de esta posición han sido los países centroamericanos; que los tributos de las cuatro partes del globo han ido a engrosar las arcas ricas de otras naciones.

Y no es sólo la América Central la que no ha percibido los beneficios de su posición geográfica; tampoco la América del Sur ha gozado de sus riquezas naturales, en la medida necesaria para sacar de la más triste pobreza material y espiritual a cien millones de latinoamericanos cuya existencia es tan desafortunada como la que soportaron nuestros antepasados del período colonial. Pese a ello, la fe de Bolívar en la democracia no la hemos perdido. En la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, el representante de Chile, país que lucha hoy por realizar una revolución social definitiva no sólo para ese país, sino para toda la América Latina; el Canciller de Chile, don Gabriel Valdés, afirmaba que “para nosotros la democracia es fundamentalmente un sistema político que asegura mejor que otros la protección de los derechos humanos”. Tampoco hemos olvidado, es básico que instituya . . . los mecanismos que impidan que en nuestros países se violen los derechos humanos fundamentales en el campo político, en el económico y en el social”.

Señaló Bolívar, en la Carta de Jamaica, (1815) que los conservadores y reformadores constituyen grupos antagónicos que fomentan la desunión y, en consecuencia, no es posible lograr el fortalecimiento de la democracia y, sin unión, no será posible el progreso de todas y cada una de las naciones del Hemisferio. Y esos grupos antagónicos nos hablan, todos, de grandes reformas sociales para impulsar el progreso y la cultura; reformas que muy bien pueden ser catalogadas entre las que, hace pocos días, mencionaba el Presidente de Chile, Eduardo Frei y, aunque se refería a su patria, me atrevo a conjeturar que el Presidente Frei no hacía de Chile una excepción frente a las naciones de América Latina:

“Es muy fácil, dijo Frei, hacer una política social dando y halagando a ciertos grupos profesionales o a ciertos grupos de clase media y a ciertos grupos industriales, y dejando en la infamia y en la miseria a un millón de trabajadores que no están organizados en el país”.

Situación similar y aún más infame y miserable confrontan, como ya indicamos, cien millones de latinoamericanos, a quienes todavía no se ha hecho partícipes de la libertad que, para ellos, hizo posible el genio de Bolívar.

Señoras y Señores:

No ha pasado por mi mente el realizar un exhaustivo análisis del fecundo ideario bolivariano, que es merecedor de estudio más reposado y por quienes conocen mejor la vida y la obra del Libertador así como la realidad histórica a que tuvo que enfrentarse. Apenas si he pretendido subrayar principios que resaltan en el marco profundamente democrático de su pensamiento, principios por los que tanto luchó y que, por fortuna, cuentan hoy con denodados paladines en casi todos los países de América, paladines que esgrimen los principios bolivarianos como las mejores armas para encontrar soluciones americanas a los problemas de los americanos.

SONETOS A DON RUBEN DARIO

I

*Nos habló de París. . . de aquel sonoro
París que las leyendas me pintaban
y sus palabras, al brotar, brillaban
como un tropel de mariposas de oro. . .*

*Ante la absorta juventud en coro,
sus ojos sibilinos chispeaban
mientras que todas sus Margots pasaban,
recatándose el rostro con decoro.*

*De pronto de su boca salió un trino,
y ante el cinematógrafo divino
todos quedamos sorprendidos, mudos.*

*Porque bajo su mágica palabra
bailó una danza exótica y macabra
la bailarina de los pies desnudos. . .*

II

*No lo escuchaba ya. . . La Poesía
boceta en mi espíritu risueños
panoramas, en tanto que en los ceños
de todos, destellaba la alegría. . .*

*Yo pensaba en París, donde algún día
flameando el pendón de mis empeños,
quizás naufragaré lleno de ensueños,
lleno de música y melancolía. . .*

*Tuve un vago temor, tuve la idea
de que siempre sería entre mi aldea
un burgués, cazador de la montaña. . .*

*Bajé la frente, dije adiós a Europa,
mientras del fondo de mi limpia copa
subía en humo en alma del champaña.
1907.*

Ricardo Miró

El Credo Bolivariano Frente a la Doctrina Monroe

Por Benito Reyes Testa

Transcurría el año 1822. La titánica guerra por la emancipación de hispanoamérica había tenido olímpica terminación en la batalla de Ayacucho, la cual selló con destellos de gloria la independencia de las antiguas colonias españolas. Los hombres que por largos siglos habían sufrido subordinación estrecha bajo los rigores del despotismo peninsular, estaban desconcertados; su explicable asombro los mantenía perplejos frente a los radiantes derroteros de la libertad; y tanto, que desde Jamaica comentaba Bolívar: "Nosotros estábamos en un grado más bajo de la servidumbre, y por lo tanto con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina".

Como se ve, los hispanoamericanos estaban deslumbrados: tal como si acabando de salir de una tenebrosa caverna, no pudieran resistir la claridad fulgurante del astro-rey. De consiguiente no les era dable arrumbar las normas del nuevo régimen gubernamental con el juicio, la serenidad y la experiencia requeridos; de ahí que el odio y la envidia y las desmedidas ambiciones crearan un laberíntico ambiente político rayano con el caos. El *homo lupus homini* penetraba aterrador en el espíritu inculto del mestizo; todo movimiento giraba en torno a la desunión y por ende a la destrucción de la obra sacrosanta de la independencia. Los americanos monárquicos clamaban por el restablecimiento de la monarquía; y como secuela de semejante situación, surgió el gobierno imperial de Agustín Iturbide, quien dos años más tarde pagaría en el cadalso, en el pueblo de Padilla, la arrogante soberbia de su auto-entronización.

Frente a tan aterrador panorama hispanoamericano, determinó Bolívar, desde Lima, el día 7 de diciembre del año 1824, redactar su histórica circular de llamamiento para la reunión de un congreso de plenipotenciarios en el cual se organizará "una base fundamental —dijo— que eternizara, si fuese posible, la duración de los nuevos gobiernos"; "crear nuestro propio sistema y consolidar el poder de este gran Cuerpo político con normas fraternales que nos sirvieran de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurrieran dificultades y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias".

Y Bolívar no aró en el mar como él lo imaginara terriblemente decepcionado, pues aún cuando aparentemente su genial proyecto hubo de sufrir las disenciones que obligaron a los Representantes a trasladar el Cónclave para Tacubaya, su formidable plan de confederación dejó arraizadas sus simientes, las que nabrán de fructificar en opimas y óptimas cosechas de altruismo y comprensión en nuestra América. El traslado del Congreso para Mexico constituyó apenas un receso en las funciones de esa magna Asamblea; por eso las actuales Conferencias intercontinentales y aún las internacionales algunas veces, se inspiran en esa visual clarividente de Bolívar, traída al Congreso de Panamá, donde debían acordarse planes defensivos y pautas de acercamiento de nuestros pueblos, tanto en las conmociones bélicas como en los períodos de paz.

Ensueño gigantemente divino ese de la Confederación; pero dolorosamente irrealizable entonces, ya que, como viene dicho, los hombres que emancipara la gesta bolivariana no estaban, como los américo-sajones, suficientemente instruídos, ni suficientemente preparados para la tarea ponderosa del Gobierno. “Han subido de repente —dijo el Libertador— y sin los conocimientos previos; y lo que es más sensible —agregó— sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, Magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad”.

Sin embargo, precisa repetirlo, la certidumbre del profeta y la inspiración del Genio, seguían acicatando ese inmarchitable ideal en el cerebro del Libertador y propulsando sus indeclinables esfuerzos en pro de la unificación de las nuevas patrias libres. Y como su pensamiento no se encaminaba hacia la conquista, ni hacia la expansión territorial usurpadora, sino generosa y fraternalmente hacia la unión de los hispanoamericanos, hay que convenir que en este aspecto la intención de Bolívar difería abiertamente de la de Monroe, ya que la de éste, aun cuando tendió también a la defensa del suelo americano, no impidió empero las extralimitaciones jurisdiccionales que tanto lesionaron el *utiposidetis* continental, lo que hasta dió margen, según informa Carlos Pereyra, para que “se organizaran campañas de penetración imperialista regimentadas por Mc.Kinley, por Lodge, por Teodoro Roosevelt y también por William H. Taft; y aun hizo obligante en 1912, en presencia precisamente de la Doctrina de Monroe, la formación de un *Sindicato Internacional* para la neutralización del Archipiélago de las Galápagos, con barreras a las invasiones del Tío Sam, de quien se temía —se dijo entonces— que tomara esas islas porque las necesitaba, como fué necesitada también la Zona del Canal en el Istmo de Panamá”. Hasta aquí lo expuesto por Pereyra; y yo adiciono: ocupación efectuada mediante un tra-

tado insólito, inícuo, subrepticio e irrito, viciado como está por la acción delictiva de la prevaricación.

Bolívar daba rienda suelta a su fogosa imaginación hasta para viajar en alas de la fantasía o en vuelos de cóndor y tramontar la empinada cordillera andina y ascender a la cima misma del Chimborazo donde pretendía él palpar el espejo cóncavo del Cielo y dialogar con la imagen mitológica que en figura humana representa al Tiempo; porque Bolívar fué Genio y los genios suelen desprenderse del terreno que pisan para buscar entrada en los predios del Olimpo en la persecución de un ideal, Monroe fué solamente hombre; un varón destacadamente grande en la función estatal; y conociendo la raíz misma del alma de su pueblo, ajustó las normas de su doctrina a las realidades palpitantes a la sazón, cuales eran las del expansionismo que acariciaban sus compatriotas. Por eso no incluyó él en ese clásico instrumento suyo postulado alguno que impidiera a los Estados Unidos la ocupación de otras tierras dentro de los linderos del mapa americano, prohibición que sí se halla estipulada en el plan bolivariano, según el cual "ninguno será débil respecto de otro; ninguno será más fuerte". "Moral y luces —lo expresó muchas veces el Libertador— son nuestras primeras necesidades".

Monroe prestó más atención a las cómodas prácticas del jinete de Rucio; no intentó jamás cabalgar en Rocinante. De ahí que enfocara con esmerada atención las posibles penetraciones de invasores extraños, especialmente los europeos; pero su doctrina quedó carente de bases que le cerraran las puertas a la usurpación cuando ésta la intentaran países poderosos del mismo continente. No quería que ocurrieran casos como el de la invasión de los ingleses en la Mosquitia, ni que España pudiera permutar a Cuba, o que Francia se perpetuara en Méjico, etc. etc. Pero le quedaron portillos abiertos a la rapiña de William Walker, el usurpador despótico de Nicaragua; a las tropelías del Coronel Kinney en el territorio panameño, como las de que da cuenta el Mensaje presentado por el Vice-Gobernador Fábrega a la Asamblea Legislativa de 1856. Monroe no les cerró a los pretensos colonizadores de aquende los caminos de la ambición feudal y por eso surgieron conflictos y desasosiegos como el de comienzos del año 1964 en relación con la soberanía de la República de Panamá en su territorio integral, incluso desde luego el de la faja donde opera el Canal Interoceánico. Para los poderosos del hemisferio quedó franco el tablero del ajedrez político-geográfico que incitaba al cambio de un alfil o de una torre, o dar un salto de caballo o un jaquemate para transmutar mojonaduras jurisdiccionales entre pueblo y pueblo.

Bolívar propugnaba la igualdad y la fraternidad entre todos los países y entre todos los hombres de América; por eso dijo:

“Los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto fraternal recíproco que ninguna maquinación es capaz de alterar. Todavía no se ha oído un grito de prescripción —decía— contra ningún color, estado o condición”. Monroe nada dijo a este respecto y de ahí que en su patria, especialmente en los Estados del Sur, hayan surgido problemas raciales repetidos y tan graves, hasta para rayar en ocasiones con lo inhumano. También nuestro mestizaje estuvo sometido mucho tiempo a la ingrata política del *big stick*; suerte fué y puede estimársele provisional, que surgió en una era gratamente recordada la figura gallarda del inmortal Franklin Delano Roosevelt, quien con la equitativa esponja de la concordia y de la justicia empezó a borrar resentimientos; tal cual hiciera más tarde el malogrado John F. Kennedy, para sufrir él también, igual que Lincoln, el holocausto de los Rectores de la Democracia y el martirio de los Apóstoles del Cristianismo.

Entre doce tables que conozco del Ideal de Bolívar, la décima figura en el más alto relieve, pues asienta en ella el Libertador la siguiente declaración: “He conservado intacta la ley de las leyes: LA IGUALDAD. Sin ella perecerán todas las libertades y todos los derechos. A ella debemos hacer todos los sacrificios”.

Cómo fuera posible conseguir que los evidentemente grandes y nobles norteamericanos del presente, desoyendo las dañosas recomendaciones del Senador Barry Goldwater, las de Harry Truman y las de todos los emuladores de estos, les brindaran preferente atención a la reproducida máxima; recordaran que *errare humanum est* y que cualquier sacrificio que se hiciera en aras de la justicia y de la paz, en vez de opacar habrá de enaltecer; y que con este elevado pensamiento fraternal se examinen sin prejuicios y sin soberbia ni ambiciones las justas reclamaciones de Panamá. Vale aconsejar para ello que no se eche en olvido la prudente advertencia del ilustre panameño, Presidente que fuera de la República, doctor Belisario Porras, respecto de que “Panamá es el espejo donde el calendario severo de la historia marcará las acciones generosas o los actos repudiados que tuvieren efecto en cualquier gestión américo-sajona cuanto a sus relaciones políticas, sociales o mercantiles con hispanoamérica”.

Quiera Dios que las obras hidalgas y fraternas de esa hermana mayor mantengan dicho espejo en brillantez perpetua, conforme a los dictados de la hombría de bien, para que no se eclipse nunca en nuestro continente el horizonte de la tranquilidad y pueda de tal suerte refulgir con destellos de sol el inmarcesible sueño de Bolívar sobre los recios pilares de la equidad que es apoyo esencial de la justicia conforme a las normas sagradas de la solidaridad y de la comprensión.

BOLIVAR Y EL GENERAL ESPINAR

Discurso del General José Domingo Espinar, Prócer de la Independencia del Perú, al inaugurarse en Lima el 9 de diciembre de 1859, la Estatua al Libertador Simón Bolívar, hace 107 años.

“Excelentísimo señor:

“En todos tiempos se han tributado recompensas proporcionadas a las grandes acciones. La Grecia, cuna de las artes y ciencias, miraba con predilección a los que se distinguían en los campos de batalla. Erigía sepulcros y se encargaba del sostén y educación de las familias, cuyos padres habían muerto con las armas en la mano. De aquí los héroes del Maratón y Salamina, y la generosa decisión de los 300 de las Termópilas.

“Incentivos de honor iguales colocaron a Roma en el grado de esplendor y grandeza a que alcanzó, engendrando en sus soldados el amor a la gloria. Las coronas triunfal, obridional y otras, eran signos de acrisolada virtud y el deseo de merecerlas enardecía de tal modo los ánimos de los romanos, que sacrificaban gustosos sus vidas por obtenerlas.

“Pero lo que más electrizaba a los generales era el triunfo y la ovación que les hacían, por decirlo así, inmortales, pues legaban a la posteridad sus nombres, perpetuándolos con los arcos, estatuas, columnas, etc., sin los cuales no respetaríamos —cual todavía respetamos— la memoria de Pompeyo, César, Metelo, Horacio Scévola y otra infinidad de héroes.

“Mas el Gobierno del Perú, imitando tan plausible ejemplo y aún excediéndose a si mismo en suntuosidad y magnificencia, nos presenta un espectáculo tan agradable por su mérito, como sorprendente por la oportunidad de su exhibición, aparte del valor intrínseco del Héroe a quien se consagra.

“Ojalá todos los que presenciamos este acto de gratitud nacional nos hallásemos a punto de apreciar todo su valor y significación, pues que no basta experimentar un sentimiento de placer, sino que para tomar parte cumplidamente y entrar en los sentimientos y las miras del bienhechor, es preciso además tener en si mismo el gérmen de todo lo que es bueno, de todo lo que es bello y aún de todo lo sublime: necesario es también reunirse a él de corazón y complacerse con él por una secreta confianza de imitarle o siquiera corresponderle.

“Y podré lisonjearme de llegar a este apetecible extremo al intentar hacer una pública y solemne manifestación a Vuestra Excelencia en nombre de mis comitentes, como dignísimos repre-

sentantes del Supremo Gobierno Nacional, de la inefable satisfacción que nos inunda, del vivo y profundo reconocimiento que nos anonada a la vista de tan desmedido obsequio?

“Vergonzoso me es señor haber de confesar en momentos tan solemnes en que la inteligencia y la razón se hallan como embargadas por el sentimiento más profundo, que no encuentro palabras capaces de traducir las emociones del corazón, cuya lógica — más bien que en los labios— se halla en los ojos, y que antes por las palabras se manifiesta por las lágrimas.

“Pero a despecho de esta convicción, cuántos deberes no tengo que llenar en este instante, a cuántas nobles solicitudes no tengo que corresponder cuántas deudas de gratitud no tengo que solventar. Y así en un solo acto en una situación premiosa a par de elocuente, como granadino a nombre de mis conciudadanos, como antiguo Secretario del Libertador Simón Bolívar, en representación de su preclaro nombre; como Vicepresidente de la ilustre Sociedad Fundadores de la Independencia —a falta de su Excelentísimo Presidente— en nombre del Ejército unido libertador y de sus beneméritos colaboradores; como padre de familia peruana, en representación de mis hijos en actual servicio de su patria nativa.

“Podrá mi débil voz servir de intérprete a tan acordes como armoniosos y multiplicados sentimientos? Más cuando el deber social impera, cuando el corazón subordinado obedece, todo debe callar, hasta el mismo entusiasmo de la gloria.

“Más cuál el motivo, con qué objeto nos hallamos reunidos en este popular afiteatro? No es a propósito de celebrar el **35 aniversario de la gloriosa batalla de Ayacucho**, de esa espléndida batalla en que tendidas sobre el campo diez mil armas castellanas, y rendidos pero no humillados diez y seis brillantes Generales y prisionero el último de los virreyes, pidieron —y se les entregó— una honrosa capitulación; de esa batalla cuyo triunfo afianzó la paz y la independencia no sólo del Perú sino del Continente de Hispano América?

“No, no es sólo eso: se ha querido solemnizar tan patriótico recuerdo con la inauguración de la estatua del verdadero hombre del pueblo, del Padre de la Patria, del Libertador de tres Repúblicas, del inmortal Simón Bolívar.

“Y, en presencia del acto más solemne y augusto que pudiera escogitarse para demostrar a la generación del presente como a las verideras, que el Perú no cede en civismo y generosidad a los pueblos más civilizados de la Tierra habrá quizás todavía quien culpe de ingratitud a la República, y entre ellas a la del Perú y su ilustrado Gobierno?

“Este monumento, señores, este soberbio monumento alzado a la memoria del gran Bolívar, los honores del apoteosis con el

que el Perú agradecido pretende inmortalizar a su Libertador es, a no dudarlo, la primera página de oro que registrará en sus efemérides: es una recompensa gratuita dispensada por sus servicios casi olvidados; es una elocuente lección dada a sus propios hijos, exhibiéndoseles a un tiempo al Héroe y sus merecimientos; es una manifestación palpitante de su profundo reconocimiento hacia el Genio de la guerra, que atravesando desde las abrasadoras márgenes del Orinoco hasta las heladas cimas del Potosí, por entre triunfos y reveses impávido recorrió todo el espacio, trayendo en sus bayonetas la Independencia, y un estandarte tricolor, el emblema de los tres principios democráticos que recomienda el evangelio; es finalmente el altar de la concordia en cuyas aras depondrán sus querellas todos los pueblos redimidos del coloniaje por la espada de Bolívar, y elevando al rango de naciones soberanas e independientes a merced de la unidad de sentimientos políticos que sostuvo con su palabra.

“Señores: Vosotros sois testigos y formáis parte del escenario en que se representa el interesante drama de Sur-América. En la actual escena tres generaciones se agrupan en rededor de la efigie: **la pasada, cuyos venerables restos, parecen no haber sobrevivido el cruento sacrificio de sus compañeros de armas, sino para yacer humildemente en el polvo del olvido o para reposar en una honrosa mediocridad, alimentados de recuerdos;** la presente, redundante de vida, de inteligencia y porvenir como sucesora y heredera de nuestras miserias y nuestras pasadas glorias; y la futura (por ser aún embrionaria no infantil) que más tarde saboreará los frutos de esa independencia que si para nosotros fué costosa y prematura, era por los menos inevitable a par de encantadora.

“Puede darse un espectáculo más importante y al mismo tiempo más difícil?

“Por mi puedo decir, señor, que si Bolívar no hubiese tenido otros títulos a la gratitud peruana que los que justa y merecidamente adquirió durante la guerra de la Independencia, quizás se creería exagerado el premio que hoy se le dispensa. Pero Bolívar hizo más y al revelarlo permitídmme que extienda un denso velo sobre la historia del lustro que corrió desde el principio del 25, y como por ensalmo trasladémonos siquiera mentalmente a las orillas del Guayas, para presenciarnos con una rapidez fotográfica las más recomendables escenas: las transacciones diplomáticas que restablecieron entre el Perú y Colombia la más estrecha cordialidad, la más recíproca inteligencia. Y en efecto considerando el Libertador como “civil” las discordia que habían llevado al sur de Colombia (hoy República del Ecuador) las huestes peruanas, hallándose en posición de la escuadra, dueño de un doble ejército, en todas partes victorioso, y en aptitud de dictar leyes —caso necesario— al vencido; con todo, ávido de ejercer cuantos actos de

generosidad fuesen requeridos para hacer olvidar los pasados extravíos de donde quiera que partiesen para convalecer en la opinión de sus adversarios, y sobre todo para reconquistar el afecto de los peruanos emanados en circunstancias pasajeras, se apresuró a extender sus brazos a los beligerantes provocó un armisticio y pasando con una mano la esponja del olvido, selló con el Tratado de Paz tan firme y duradero que no ha bastado la disolución para destruirlo o derrocarlo.

“Pero los hechos más justificantes no suelen contemplarse en su verdadero punto de vista sino después que el autor haya sufrido las pruebas de la tribulación, sino después que haya pagado con su vida el tributo a la naturaleza, sino después que haya sido depurado ante el tremendo tribunal de vivos y muertos. Y he aquí señores, realizado del modo más perentorio el apotegma de que **“sólo la muerte restituye los grandes hombres a su Patria”**, pues su corazón, como lo era la antigua Colombia; y la prueba más esplendorosa que pudo darle de amor casi conyugal, sino de filial respeto quedó consignada en aquel precioso documento.

“Señores: . . . yo que tuve el honor de ser el depositario y heredero de las íntimas confidencias del Gran Bolívar, después de haber recibido de sus labios los más expresivos encargos de defender su entonces mancillada reputación y de velar por su fama póstuma, me atrevo a jurar solemnemente ante el Ser Eterno y en presencia del Universo, que aún las atroces calumnias que aceleraron la muerte del Libertador, tuvieron su origen en las sospechas que inspiraban los medios que propuso para preservar a Colombia, al Perú y a la América toda del azote de las guerras civiles y de una reconquista inminente en aquella época a merced de nuestras revueltas.

“Por último señor, en el mundo moral como en el físico los grandes y extraordinarios acontecimientos fijan las épocas como otros tantos puntos de reposo sobre que descansa la Historia; inician nueva; y en los Gobiernos absolutos como en los templados, se proclaman principios políticos que o les eran extraños totalmente o yacían inhumados en el polvo de las edades y de las preocupaciones. Si la repetición, pues, de esta coincidencia ha llegado a revestir tan fátidico fenómeno con el boato de certidumbre de la evidencia, muy consoladora deberá ser para la gran familia americana la solemne festividad que hoy celebramos, **legando a la inmortalidad los gloriosos hechos del ínclito Libertador y el magnífico testimonio de la gratitud peruana, consagrados unos y otros en el suntuoso monumento que el Supremo Gobierno acaba de exhibir a la pública admiración.** Esto equivale en mi concepto a la inauguración de una nueva política que, declarando cerradas las puertas del templo de Jano, nos dice que hoy más la paz será indestructible entre nosotros. Porque la verdad, señor, no sería una antilogía vergonzosa y absurda que tributando el Perú y sus

Estados aledaños un mismo culto a su ilustre fundador, no arreglasen sus mutuas diferencias por medio de árbitros o por otras vías que la diplomacia sugiera?

Bolívar, hijo de la venerada Colombia padre de su predilecta Bolivia y esposo de su ilustrado Perú, cuenta desde lo alto de los cielos en que mora su espíritu inmortal, con la acción simultánea y uniforme de esta gran familia americana, su sostén de la paz y de las instituciones liberales.

“Señor, el Dios de los Ejércitos que nos condujo y ayudó con su omnipotente diestra en la obra de emancipación que encomendó a Bolívar y que en cien batallas ciñó sus sienes con inmarcesibles laureles, se ha convertido ya en el Dios de la Paz y libertad y brilla sobre nosotros como sol de justicia. El Todopoderoso, al ser indentificados nuestros votos por la realización de tan pacíficos como humanitarios sentimientos, quiera otorgar al Perú y a su magnánimo Gobierno todos los dones que son dignos, para consumir los destinos que les tiene señalados la Divina Providencia.

“Nosotros así lo esperamos en bien de esta Patria, de la cual todos somos hijos, e hijos por siempre inseparables”.

Hic' dicho.

Nota.— Habiéndole recibido en Lima de manos de doña María Luisa Espinar, nieta del General José Domingo Espinar, el Licenciado Luis Carlos Noriega Hurtado publicó en “La Estrella de Panamá” del 17 de diciembre próximo pasado el Discurso que ahora reproducimos, en homenaje de Bolívar lo mismo que del distinguido médico y militar panameño que fuera su Secretario General y mereciera por muchos años la confianza y la amistad del grande hijo de Caracas.

LA MASCARA DE HIPOCRATES

Por Manuel Ferrer Valdés

Salió bueno. Muchacho que lleva un libro bajo el brazo y en los ojos el cerrado horizonte de una vida sin ambages. Cruzó las aulas escolares fácilmente, con la gracia de un atleta negro. Luego, fué un buen médico y un honrado ciudadano. No hubo para él más mundo que el visto por la redonda ventana de los microscopios, verdes montañas, rojos cielos, quieto paisaje envenenado. Nunca atravesó su blanco traje palabra o culpa capaz de tinte y su sereno espíritu—clara azotea—albergue fue de lo que más se admira, la frase justa, el gesto acorde, el silencio de rigor. Así los hombres la patria gozaría, porque la palabra deber es para algunos como una pastilla que juega eternamente en la boca, sin disolverse en jugos.

Fué un buen médico y un hombre ciudadano. Cuando joven los pesados lentes le dieron compostura y la voz sabiamente manejada, fue tomando serenos málices de obispo en sus últimas. Su persona emanaba confianza y fe en la vida; tenía frases adecuadas para todos los momentos y ese aire sencillo de los sabios.

Al principio sufrió un poco forzando la cara en los velorios, sonriendo en esas mañanas saludables de los hospitales en que los enfermos se levantan y los moribundos se reclinan, ajustando otras veces los pequeños músculos de la frente y de la boca en un gesto adusto de estudioso. Todo esto le cansaba y quiso que su cara fuera sólo una: la gran cara inmutable, cercana a todas las cosas.

Entonces todo fue más fácil, porque lo que estaba afuera, el mundo transmutable de cosas variadas, fue perdiendo diferencias y haciéndose parejo, de modo que la risa, el llanto, el amor y la bondad aunque no iguales podían ser sumados en números redondos.

Su conocimiento ahondó en muchas cosas, guardó secretos terribles de hombres y de niños, más el mayor de todos, el secreto de la cara que no cambia, se fue enturbiando en su conciencia hasta hacerla de tul. Allí, en la trascera, envueltos con pañales misteriosos estaban los frutos intoxicados que fue separando sin probar. Mujeres, libros, gestos, pero más que todo palabras—sí, palabras— que nunca se atrevió a pronunciar, porque eran tan frescas y vivas como peces saltando en un silencioso mar.

Ahora se sentía mal. Era algo más que la enfermedad lo que le aferraba al lecho. Era esa ventana —a medias abierta— fren-

te a su cama, que le traía el tránsito de una vida desconocida. Desde su silla de enfermo esperaba todas las mañanas, la salida de los muchachos de la escuela cercana, llegando a conocerlos a distancia y a imaginarse con exactitud la cara de sus padres. De último venía el Director, cerrado de negro. Recordaba haberlo examinado en el Hospital, con el cuidado con que hacía todas sus cosas, desde la cabeza minuciosamente peinada hasta los diminutos pies. Pobre hombrecito vestido de negro, caminando detrás de los niños. Sentíase capaz de comprenderlo hasta en sus menores gestos, de adivinar sus ambiciones, su vida pasada, y esta nueva sensación de su cambiado espíritu le producía una extraña melancolía. Cerca, se divisaba una cantina, frente a la que pasó infinitas veces sin darse nunca exacta cuenta de su existencia. Ahora cuando el sol de la tarde comenzaba a teñir de ópalo su misteriosa entrada, sentía su espíritu avivado por nuevas y extraordinarias sensaciones. Era una cantina solitaria que llevaba un raro nombre: "El Cabo Finisterre". Allí dentro, al olor de sus alcoholes se podría—seguramente—vislumbrar el fin del mundo. Se la imaginaba silenciosa y llena de hondos sillones. Las paredes cubiertas por espejos, sobre los que se reflejaban múltiples veces los viejos anaqueles llenos de botellas: allí, la menta, de un verde profundo y venenoso como las ciénagas del trópico, la sangrienta huella de los Benedictinos, la intocada pureza del anís y la dorada fiebre de los rones.

Se sentía tan débil y sensible al pecado que el sólo nombre de una cantina lo embriagaba.

Cuando llegaba la noche, movía su silla de enfermo hasta la ventana y miraba a los lejos como esperando un milagro. Una noche se produjo.

Era la desnuda silueta de una mujer recortada sobre la amarillenta luz de un cuarto lejano. Permaneció quieta un momento, como mirándose a un espejo; luego, llevando las manos a los cabellos, comenzó a quitarse las prendas que la adornaban. La diaria contemplación de aquella sombra, que invariablemente hacia los mismos movimientos, trajo a su soledad una sensación placentera, al principio no plenamente gustada, más luego, a medida que contemplaba nuevos gestos, llena de una infantil e irresoluta alegría, como si aquel juguete propio, desconocido por los demás, rezumara todos los deseos ocultos de su vida. Cuando la prodigiosa visión desaparecía en la oscuridad, le quedaba una dolorosa angustia, pues la sentía suave, creada por sus propias ansias y con la obligación de someterse a su propia voluntad.

La extraña transformación a que estaba sometido fue tomando rumbos imprevistos. La presencia de su mujer y su hijo—recién graduado médico— que antes significaban toda la gracia

que pudiera desear, comenzó a producirle una profunda desazón como si ellos simbolizaran su vida pasada, la dura hipocresía de su cara invulnerable, los falsos triunfos de su fatua carrera, los vacilantes latidos de su débil corazón.

Lo de ahora era serio. Sentía en el pecho ese desgarramiento presentido, que para su doble conocimiento de humano y de médico era señal segura del final. No tenía miedo a la muerte a pesar de su trascendental soledad; más deseaba encontrarla desnudo de cuerpo y alma, mirarla frente a frente sin la careta que usó toda la vida, y que ahora le apretaba el rostro en una inflexible y acartonada mueca.

Llegó al fin el momento en que tuvo la sensación de muerte inminente, y cuando fue la angustia colmada, se llevó las manos a la cara en un gesto desesperado hasta hacerla sangrar. Su roja visión le produjo una alegría pletórica: había arrancado al fin la terrible máscara. Quiso entonces desgarrarse los vestidos, en un gesto final de liberación. Pero no pudo. Sintió una mano dura que lo atenazaba impidiéndole todo movimiento. Era la mano de su hijo que le tomaba los últimos latidos. A través de los vidriosos ojos pudo ver que en su cara lucía, idéntica y resplandeciente, la careta que se acababa de quitar.

MANUEL FERRER VALDES (1914), el autor del cuento que hoy ofrecemos es un distinguido profesional de la medicina, carrera que empezó a estudiar en España y terminó en México —Escuela Médico-Militar—, y profesor de la Universidad de Panamá. Incorporado al grupo que renovó las letras nacionales iniciándose la cuarta década del siglo, manifestó entonces extraordinarias condiciones. Lento y moroso en el quehacer literario, sus pocos cuentos —“La Novia de Octubre”, “El Gallo Ciego”, “Los Alacranes”, “Nidia y las teorías”— se cuentan entre las más logradas manifestaciones del género en Panamá.

LOS ENIGMAS DILUCIDADOS DE S. I. AGNÓN

Por Arnold J. Band

El sostenido y siempre creciente interés por los escritos de S. I. Agnón, tanto por parte del lector corriente como del crítico literario profesional, constituye sin duda uno de los fenómenos más fascinantes de la literatura hebrea del siglo XX. Al principio, en 1908, Agnón despertó considerable atención con su cuento "Agunot" (Esposas Abandonadas). Luego, la crítica le siguió siendo propicia. Este fenómeno, extraordinario en la literatura tomada en general, lo es más aún en la literatura hebrea de nuestro siglo, caracterizada por cambios repentinos y violentos en lo que concierne al gusto. En Israel se encuentra con frecuencia la colección de ocho volúmenes de cuentos y novelas de Agnón, en un número asombrosamente grande de hogares desiguales: entre ancianos y jóvenes, entre religiosos y libre pensadores.

Algunos lectores ven en Agnón el epítome de la literatura tradicional-folklorica judía; otros, el más osado de los modernistas. Para los de más edad, evoca la vida judía del Este europeo; para los jóvenes, encara los problemas universales de más importancia en nuestro siglo agonizante. Y aun que interesa a un número tan grande de lectores devotos, Agnón es el más individualista de los escritores y su sello indeleble dejó rastros en las páginas de los que trataron de imitarlo.

Puesto que Agnón es tan propenso al cambio de formas, se dilucidan algunos enigmas pero al mismo tiempo otros se vuelven insondables; por ello es natural que los críticos literarios se hayan visto frecuentemente confundidos por la prédica y la confesión personal; cada cual descubre en Agnón lo que se propuso encontrar de antemano.

Cuando se tropieza con los centenares de artículos sobre las obras de Agnón, aflora el dilema: ¿el verdadero Agnón es el de Brenner o el de E. M. Lifshitz, el de Sadán o el de Kurzweil, el de Kariv o el de Tochner? La respuesta podría ser: ¡Todos ellos! ¡No por separado, sino simultáneamente! ¡Cada uno completa y complementa al otro! Un control objetivo sobre los puntos de vista dispares podría lograrse únicamente por medio de la aplicación del debido conocimiento histórico, orientado, que analizara el desarrollo del talento artístico, la evolución de los motivos, la permuta de las obsesiones. Agnón, a los 25 años de edad, ofrece una imagen de artista enteramente distinta a la del Agnón cincuentenario o a la del hombre actual de setenta y seis años de edad. El retrato definitivo debe ser la compilación de imágenes individuales captadas durante una secuencia de tiempo, tanto más cuanto que se nos muestra en la última parte de las series. Es la última parte en las series de retratos que vemos comúnmente: la colección corriente de las obras de Agnón que conoce la mayoría de los lectores es la edición de ocho volúmenes, de los años 1953-1962, revisada y publicada por el propio autor. Tenemos, por lo tanto, una edición

estéticamente satisfactoria, pero confusa para la crítica: los cuentos que contiene fueron escritos durante cincuenta años y editados en periódicos diversos por Agnón, cuyo gusto variaba mientras tanto.

Cualquier enfoque sensible de las obras de Agnón podía ser histórico, y puesto que muchos de sus escritos suelen ser autobiográficos, la presunta bifurcación entre el hombre y el escritor debe ser rechazada. Podríamos mencionar nuevos casos y sostener que no hay parecido directo entre su vida y sus obras, de que es preciso basarse en el sentido común para evitar rebuscamientos super-psicológicos. Pero el peligro de excederse por confiar en la biografía es muy leve, si se lo compara con la amenaza que encierra la antítesis: la de un divorcio absoluto entre las obras y el hombre que las compone.

I

Si Buczacz, el pueblecillo donde Agnón nació y pasó su infancia, ganó reputación en el último medio siglo, se debe sobre todo a que se volvió el punto focal de muchos de sus escritos; a veces recurre a su nombre exacto, otras lo llama: **Shibush** (en hebreo: Embrollo), que es una simulación velada de Buczacz. Buczacz casi no se diferenciaba de varias decenas de otras aldehuelas semipasables con apreciable población judía, en el Este europeo, y realmente la eclipsaban otras localidades de Galicia oriental, por ejemplo Brody y Tarnopol. Al tratar a la ciudad de su infancia y sus anales con cariño y nostalgia un poco irónica (al fin de cuentas la traicionaría al abandonarla para partir a Palestina, en 1907), Agnón creó un mundo literario con el que se identifican muchos lectores, pues Buczacz se asemejaba a otros pueblecillos.

Shmuel Iosey Czaczkes, antes de que se lo conociese por Agnón, nació y se educó en el seno de una familia de clase media en Buczacz, en las últimas décadas del Imperio Austro-Húngaro, una época en la que estaban algo empañadas las tensas líneas divisorias entre el "jasid" (creyente piadoso), el "mitnagued" (adversario de la doctrina anterior) y el "maskil" (ilustrado); en cambio empezaban a ganarse el apego de la juventud los movimientos políticos como el sionismo, el anarquismo, el socialismo, etc.

En la propia familia de Czaczkes había una mezcla interesante: el padre, Shalom Mordejai, era rabino ordenado y erudito en filosofía medieval, que rezaba y estudiaba con los jasidistas de Tchortkow; el abuelo materno, Iehuda Farb, figura dominante en la vida de Agnón, era un comerciante de influencia en la ciudad y talmudista agudo; la madre, Esther, era muy versada en literatura alemana. Shmuel Iosef, el mayor de los cinco niños Czaczkes, debe incuestionablemente su perfil intelectual a la influencia conjunta de estas tres figuras y al interés individual de que lo hicieron objeto. Aparte de seis años en varios "jedarim" privados —durante su infancia— y de un breve período en la escuela Barón Hirsch, en sus primeros años, el joven Czaczkes no supo de enseñanzas formales, pero le fueron de provecho el tutelaje paterno, los estudios en el "Beth Midrash" (seminario) de Buczacz con su biblioteca bien provista, y las lecturas privadas.

Los años iniciales de Agnón diferían poco de los que distinguen a otros escritores y figuras públicas, cuyas biografías han sido mencionadas. En la adolescencia fue activo entre los jóvenes sionistas de la localidad; corrían los tiempos de los primeros Congresos Sionistas, del pogrom de Kishinev, de la muerte de Herzl. Dedicó mucho de su tiempo a las primeras armas

literarias, tanto en hebreo como en idish. Aunque en sus cuentos, poesías y artículos circunstanciales no hay nada que pueda presagiar al máximo talento literario de los posteriores, o que los distinga de otros cuentos y versos publicados en los mismos periódicos, los años de intensa práctica en Buczacz le suministraron la base de madurez de los años posteriores.

En la primera década del siglo presente, después de una generación de aridez, Galicia se encontraba en el umbral de un nuevo renacimiento de la literatura hebrea, y Agnón hizo su aprendizaje junto a varias personalidades enérgicas de la época: Eleazar Rokeah, Guershon Bader e Itzjak Fernhoff. Con todo, si no hubiese dejado Galicia por Jaffa en los días de arrojado de la "Segunda Aliá", es muy dudoso que hubiésemos oído algo sobre su persona. Agnón no produjo grandes obras literarias en Buczacz, pero las experiencias recogidas en ese período lo previeron de una fuente de material inagotable para su imaginación creadora; la circunstancia de que sus vicisitudes fuesen típicas de su generación, explica cómo este escritor individualista supremo pudo interesar a un público tan vasto.

II

La atmósfera emocional y literaria de Jaffa durante la corriente inmigratoria conocida como "Segunda Aliá", era mucho más excitante que Buczacz: Se había formado una nueva sociedad; grandes personalidades como Brenner, Rav Kuk, Ruppín, Aharonovitz, S. Ben-Zion y A. D. Gordon vivían en Jaffa o la visitaban con frecuencia. Al desempeñar el cargo de secretario de varias de las más importantes entidades de Jaffa, Agnón se hallaba en el centro de los asuntos. El vínculo con la población judía que resurgía —el "Ishuv"— y los viajes por el país entero, en particular a Jerusalem, le infundían vigor; los escritos del joven autor reflejan por cierto un brote de nueva energía creadora: en Jaffa también repite algunos de los temas que tocó primeramente en Buczacz, pero la calidad de su pluma es aquí tan distinta que resulta difícil identificar el Czaczkes de Buczacz con el Agnón de Jaffa (Agnón tomó su seudónimo —que luego se volvería su nombre legal— del título de su primer cuento publicado en Jaffa: "Agunot"). Por eso entonces tanto "Agunot" como "Ve'haiá He'akov Le'mishor" (Y lo Tortuoso Será Enderezado), del período de Jaffa, emergieron como dos de los mejores cuentos de Agnón; el segundo, ciertamente, es una de las obras literarias en hebreo más delicadas del siglo presente.

Cada uno de estos cuentos ya revela considerable maestría en dos aspectos narrativos a los que luego recurriría frecuentemente: 1) El tipo folklórico de "Agunot", lindante en la fantasía; 2) La descripción realista de la sociedad "Ve' haiá He'okov Le'mishor", donde usa con destreza los detalles simbólicos.

"Agunot" es una historia de almas encadenadas, de enamorados jóvenes cuyo amor no puede realizarse, de un mundo sumido en pescadillas y desolación. "Ve'haiá He'akov Le'mishor" comienza con el revés económico de su protagonista, Menashe Jaim, sin hijos, que desciende a la mendicidad, a la degradación, que pierde su identidad; pierde por último a su esposa, que se casa con otro hombre pues cree que su amado Menashe Jaim ha muerto. En ambos casos, el medio tradicional judío es el marco de una trama cuyas implicaciones hacen pensar que es horrible permanecer allí aunque se lo describe con afecto y nostalgia. El lector, embelesado por el ambiente

cálido de la forma de vida tradicional judía y el estilo peculiar que Agnón emplea para conducir el relato, no siente los escalofríos de la pesadilla. En verdad, muchos de los primeros lectores de Agnón tampoco perciben ni pueden describir ese escalofrío. Pero el que sigue la línea central hasta sus conclusiones lógicas, no puede dejar de advertirlo.

La ambivalencia de sentimientos que descubrimos aún en esos cuentos publicados hace más de cincuenta años, se prolonga a lo largo de la mayoría de las obras de Agnón y es un signo que identifica su estilo narrativo. Es además un aspecto saliente de la técnica de Agnón, que ya apunta en el período de Jaffa, aunque en forma rudimentaria. Entre los otros cuentos que escribió en esos años damos con varias fantasías románticas sublimes, en las cuales el joven artista enamorado describe su pasión por una niña imaginaria: Salsebila. El tono y el estilo son tan diferentes a los de "Agunot" y "Ve'haiá He'akov Le'mishor", que es difícil creer que los escribió el mismo Agnón. En años posteriores, realmente, los remodeló por completo (adoptó esa práctica a lo largo de toda su carrera) o los eliminó simplemente de la colección de sus obras compiladas. Tales fantasías personales, desconocidas para el lector corriente y descuidadas por los críticos, son esenciales para tener una idea comprensiva del escritor antes de que dejase Jaffa por Berlín, a fines de 1912. Es sólo un motivo o una técnica narrativa en las obras posteriores de Agnón, que aflora en forma emblemataria en el período de Jaffa.

III

Cuando Agnón llegó a Berlín, a la edad de 24 años, ya era un experto cuentista de envidiable reputación: algunos de los mejores críticos literarios de la época lo conceptuaban un joven genio literario. No sólo había adquirido mucha pericia en la escritura, sino que también leyó mucha literatura hebrea de todos los tiempos, a la vez que ahondaba en obras alemanas y escandinavas.

Cabe prestar especial atención a la antigua familiaridad de Agnón con Schiller, Jean Paul y Chamisso, por un lado, y con Hamsun, Ibsen y Bjornson, por el otro; no pocos críticos atribuyen esa familiaridad a sus doce años de permanencia en Alemania. Agnón amplió allí los conocimientos que ya tenía sobre la literatura europea, incluso sobre los mejores novelistas rusos y franceses a los que había leído en traducciones al alemán. Suponer que la técnica literaria de Agnón se debe apenas a la literatura popular judía —como pretenden muchos— es un reverendo desatino: Agnón, a una edad relativamente temprana, estaba compenetrado de la mejor literatura moderna de Europa; los autores de cuentos populares judíos llegaban raramente a la perfección con que Agnón ya escribía a fines de la década del veinte.

Sin embargo, cuando examinamos su rendimiento durante la estada en Alemania y los cinco subsiguientes en Jerusalem (1924-1929) esmerándose en la primera edición de sus **Obras Escogidas**, publicadas en Berlín en 1931— resalta un hecho paradójico: muchos de los cuentos de este período son populares, con reflejos de la vida judía en Galicia. Precisamente cuando se enfrenta con la cultura sofisticada de Berlín y Frankfort, escribe Agnón varios de sus cuentos más encantadores sobre la vida de los judíos piadosos, en generaciones pasadas y regiones diferentes; por ejemplo: "Agadat Ha' sofer" (La Leyenda del Escriba), "Maasé Rabí Gadicl Ha'tinok (Sucedió con

Rabí Gadiel el Pequeño) y "Maasé Ha'etz" (El caso del Arbol). Un número de narraciones fue compilado bajo la rúbrica "Polín" (Polonia), en tanto que otras se incorporaron a lo que constituye su mayor esfuerzo en dicho período: la novela en dos volúmenes "Hajnasat Kalá" (La Dote para la Novia).

"Hajnasat Kalá" era la novela favorita para muchos lectores de Agnón, de la vieja generación. Los cuentos deliciosos que refieren las andanzas del dulce protagonista Rev Iúdel, quien recorre los caminos de Galicia oriental a fin de recaudar dinero para casar a sus hijas, componen sin duda un logro artístico de jerarquía en la prosa hebrea moderna. Docenas de episodios muy trabajados pintan la vida interna de los judíos piadosos comunes; los envuelve en una aureola de afecto que se centra en la inocencia cautivante, al punto que su hechizo es irresistible y hace aceptar como encomiable un mundo que hoy nos parece remoto.

Entonces era lógico que la crítica a Agnón —a la edición de cuatro volúmenes publicada en 1931— subrayase su grandiosa habilidad para llevar las narraciones populares judías a la perfección artística (en sus cuentos breves) y a un nivel de epopeya (en "Hajnasat Kalá"). Dado que esos cuentos encierran tensión interna frecuente, que solivianta o niega la apariencia de su textura plácida —a veces desembocan en la muerte o en la nada— se los desdeñaba completamente. Agnón arroja una cuerda —ofrece una respuesta— a muchos corazones que, como él mismo, abandonaron las aldehuelas del Este europeo y sus familias, las cambiaron por las urbes de Europa, de América o por el nuevo "Ishuv" en la Tierra de Israel, pero que no pueden recuperar la entereza y la coherencia de la sociedad de donde se desarraigaron. En su trastorno, sea como fuere, encuentran solaz inconsciente e indefinido en el proceder y la conducta inocente de Rev Iúdel ante un estilo de vida que añoran y que pudieron haber conservado.

IV

Retrospectivamente, los cuentos asombrosos de "Séfer Ha'maasím" (El Libro de los Hechos) publicados a principios de la década del treinta, constituyen una evolución natural de la personalidad creadora de Agnón, aunque lo que evocan sea pura consternación. No parecen de Agnón o, dicho de otra manera, pareciera que algún otro escritor hebreo los redactó antes. Densos, con numerosas referencias simbólicas, los impregna un espíritu de ansiedad, reina la confusión ante las dificultades que acarrea la preservación de la fe tradicional y de los ritos prescriptos por la Ley judía. Muchos de tales símbolos, sin embargo, no han sido interpretados; numerosos cuentos no fueron debidamente entendidos, pero la perplejidad espiritual es incontrastable.

Algunos lectores ven en esos cuentos una salida modernista incongruente para un escritor tan tradicional, o creen descubrir la influencia de las técnicas kafkianas. Con el correr de los años se los descifró y el lector hebreo encontró que el desvelo de Agnón no es menos natural que en los relatos populares, que continúa publicando al mismo tiempo. Aunque hay un mundo de diferencia entre el clima de Kafka y el de Agnón, son muchas las similitudes en la técnica narrativa: podríamos alegar que ambos reciben los impactos de las últimas décadas del Imperio Austro-Húngaro; ambos leen profusamente a los escritores populares de Alemania y Escandinavia de la épo-

ca; ambos se sienten fascinados por los cuentos de Rabí Najman de Bratzlav. No es cuestión de determinar influencias, sino de comprender la necesidad artística de emplear una técnica narrativa grotesca.

Sólo podemos especular acerca de los motivos del escritor, que es empujado a valerse del nuevo elemento: tal vez haya sido la evacuación del hogar en Talpiot durante los disturbios árabes de 1929: acaso la confrontación con Buczacz el invierno siguiente, durante una breve gira por Galicia, que resultó muy penosa: el pueblecillo de sus sueños, de Rey Iúdel, no puede resistir la brutal comparación con Buczacz en la realidad, cuya declinación es evidente. De mayor significado, no obstante, es el hecho de que los cuentos de "Séfer Ha'maasím" nos obligan a reconsiderar las obras anteriores de Agnón, de apariencia tan serena, y descubrimos entonces que la nostalgia del ciclo "Polín" o de "Hajnasat Kalá" es la contraparte de la pesadilla que encierra "Séfer Ha'maasim" y los relatos de índole análoga. Pero Agnón siguió escribiendo de ambas maneras durante los últimos treinta años, por lo que es inconcebible que no haya entre ellos una relación interna estrecha.

A más de la nostalgia en los cuentos populares y la pesadilla en "Séfer Ha' maasim", emerge con frecuencia en los años del treinta un tercer carácter significativo. Como anticipo de "Ve'haiá He'akov Le'mushor", en 1912, despliega Agnón una asombrosa habilidad para encarar situaciones de realismo y plantea tanto el aspecto sensual como el fundamento psicológico con exactitud y eficacia. La habilidad evoluciona despacio en los primeros años del veinte, en cuentos como "Bi'dmi Iaméa", la segunda versión de "Guivat Ha'jol" (El Médano), o la sátira "Bi'nearénu Uvi'skenénu" (Con Nuestros Jóvenes y Nuestros Viejos). Agnón, cabe recordarlo, leyó a Hamsun y a Bjornson a edad temprana, y pudo apoyarse también en sus predecesores en hebreo e idish, dos idiomas que conoce íntimamente: Méndele, Peretz, Shalom Aléijem y Berdichevsky. No le falta el modelo de excelentes escritores realistas. No es raro, entonces, que a mediados de la década del treinta encontremos, junto con cuentos populares y "Séfer Ha'maasím", también "Sipur Pashut" (Un Cuento Sencillo), su prueba más acabada de composición realista pura.

En la gran tradición de la novela europea del siglo XIX o de principios del XX, "Sipur Pashut" constituye evidentemente la descripción de un segmento de sociedad judía de clase media, en un pequeño pueblecillo del Este europeo: otra vez Shibush. La trama es la cumbre de la simplicidad: Hershl, hijo de un comerciante de clase media, ama a Bluma, una joven de condición social más baja que la suya; pero su madre, de carácter dominador, lo obliga a casarse con Mina, a la que no ama; flojo para resistirse, Hershl está a punto de enloquecer pero, a último momento, lo curan y retorna a Mina a quien aprende a amar. En torno a una situación tan convencional Agnón ofrece una descripción de Shibush: no de los píos y santos, sino de los comerciantes duchos, los vendedores y sus negocios mundanos. En ese mundo hay poco lugar para la santidad o el romanticismo. El tono de la novela descuellosa sobremanera cuando se lo compara con "Agunot", "Polín" o "Hajnasat Kalá".

V

El joven escritor que recién había llegado a Berlín desde Jaffa —y celebraba su vigésimoquinto cumpleaños en 1913— atrajo considerable atención de la crítica, muy en particular por sus dos cuentos: "Agunot" y "Ve'

haiá He'akov Le'mishor". Veinticinco años más tarde, el mundo literario hebreo festejaba el cincuentenario de su natalicio con gran solemnidad y lo aplaudía como a una de las máximas figuras de la literatura hebrea moderna.

Sin embargo, el tiempo probó que muchos de sus escritos más espléndidos no habían visto la luz todavía. El mismo año Agnón dió a conocer su "Iamin Noraím" (**Días Temibles**), una antología de material relativo a las Grandes Commemoraciones, e hizo las primeras entregas a la prensa de su novela "Oréaj Natá Lalún", que apareció en continuaciones diarias durante el invierno siguiente. Cuando se examina la bibliografía cronológica de las publicaciones de Agnón, extraña por cierto el hecho de que más de la mitad de sus obras fueron escritas antes de cumplir los 50 años de edad. ¡Y Agnón, al mismo tiempo, revisaba sin tregua y reelaboraba cuentos publicados con anterioridad!

En muchos sentidos, "Oréaj Natá Lalún" (**Un Huésped que se Quedó a Pernoctar**) es la creación literaria central en la carrera de Agnón: Contiene los mejores temas y técnicas de sus cuentos; es el vínculo entre sus obras iniciales y las subsiguientes. El protagonista de la novela es un "Yo" de relato que retorna a su aldea natal, Shibush, tras una ausencia de muchos años y la encuentra arruinada física y moralmente. El cotejo es deprimente, ya que la decadencia real de la aldea, aguda e inevitable, se acentúa por contraste ante la imagen que el hombre adulto guardaba en la fantasía desde la infancia. El protagonista intenta revivir la espiritualidad de la localidad, pero es en vano: un hombre no puede frenar el curso de la historia.

Técnicamente, la novela presenta una serie de confrontaciones con los varios caracteres censurables de la aldea; a través de las mismas se nos revela la maraña tremenda y horripilante que dirige el destino trágico de una generación. El protagonista puede preservar su identidad e integridad en ese ambiente sólo porque espera reunir finalmente a su mujer e hijos en la Tierra de Israel, en donde hay un futuro. En Shibush hay apenas un pasado y un presente grotesco. Los cuentos populares narrados por ancianos en ansiosa nostalgia evocan algunas glorias pasadas; pero el presente es tratado con ceñido realismo o en secuencias de pesadilla que recuerdan "Séfer Ha'maasin". Seguimos al protagonista en sus andanzas por las calles desoladas de su infancia, compartimos su pena por la confusión de nostalgia y pesadilla, peculiar aunque despiadadamente auténtica. Esas son, acaso, las dos emociones dominantes en la experiencia judía del siglo XX; Agnón las captó cabalmente en su novela.

Muy poco de lo que encierran las miles de páginas escritas por Agnón desde "Oréaj Natá Lalún", no tiene nexos directos con esta novela de su quincuagésimo año de vida, sea temática o estilísticamente. Aunque no cabe decir que el "Yo" narrado es Agnón mismo, no puede negarse que recurre a su experiencia personal para reunir el material de sus escritos: mira esa experiencia personal desde la distancia y la modela según la necesidad estética. El protagonista se tiene por representante, pero está un poco más allá de los caracteres que refleja; las gentes a su alrededor son descendientes endebletes de una generación noble y vigorosa, de cuando la Torá y la santidad se veneraban y la sociedad tenía una forma coherente. Hoy el mundo está poblado por lisiados, la oquedad lo cubre y no se puede vislumbrar un orden divino en el cosmos. Más allá de la desolación, empero, asoman destellos de un ideal de vida renovada en la Tierra de Israel, de un ideal que conjuga las aspiraciones del sionismo moderno con la visión mística de Jerusalem, capaz de reflejar, si-

quiera pálidamente, a la Ciudad Santa de anhelo piadoso. El protagonista de tales experiencias es un hombre fundamentalmente solo, sin relaciones sociales y alejado incluso de su familia. No lo acucian las resoluciones morales momentáneas pero parece un poco de lado, aturdido en un sueño que no controla.

El concepto de la ineptitud del hombre para controlar su propio destino, se percibe también en la novela "Tmol Shilshom" (Ayer — Antecayer): el protagonista, Itzjak Kumer, difiere del "Yo" narrado en "Oréaj Natá Lalún", es incapaz de comprender el mundo que lo circunda. Significativamente, la acción se desarrolla en Jaffa y Jerusalem de la "Segunda Aliá"; en ese período las dos ciudades eran sólo accesorias de Buczacz, en el sentido de puntos focales para la imaginación creadora de Agnón (es sugestivo que Alemania, donde vivió casi doce años, aparece varias veces como escenario de algún cuento, pero no se afirma en su mente como unidad coherente o vigorosa para una descripción épica).

En calidad de tema literario, Buczacz ofrece dos posibilidades de analogía: por un lado, la esfera de vida, que Agnón describe con ternura en sus cuentos populares y emplea como base o criterio de valores morales para medir la declinación de la sociedad; por otra parte su propia experiencia personal que, a excepción de los recuerdos familiares de la infancia, no identifica en su alma con nociones intuitivas de vida intencionada. La posición de Agnón respecto a Jaffa y Jerusalem de la "Segunda Aliá" es sin embargo más compleja. Porque fue el período de la juventud, de amor juvenil, de calor, de alegres noches despreocupadas junto al mar en Jaffa; porque fue también el período de los cambios ideológicos, de sentimientos concernientes a la aldea de infancia y a la familia, que abandonó para partir a Palestina.

El cuento sobre las andanzas desafortunadas de Itzjak Kumer y su trágico final, es resultado de las experiencias personales de los primeros treinticinco años; aunque no sea correcto ver una autobiografía en la novela, no se puede empero comprender su significado ni coherencia artística (pese a la variedad de estilos) a menos que se acepte que la fuerza del pasado, del mundo que recorrió seduce al escritor.

El recuerdo de ese período y su evaluación son tan obsesivos, que Agnón les dedicó una novela: "Shvuat Emuním" (Juramento de Fidelidad) y varios cuentos especiales. "Tmol Shilshom" no es tanto una expresión de realismo épico de la "Segunda Aliá", como una proyección personal que emerge conscientemente de la memoria. El protagonista, Itzjak Kumer, es mostrado como un típico y fogoso "jalutz" de la "Segunda Aliá"; sus vicisitudes son encaradas como características del grupo que representa. Debíamos prestar atención, sin embargo, al hecho de que esta novela es totalmente distinta a otras que abordan la misma época. Itzjak no materializa su ideal labriego, sino que se vuelve pintor de paredes en Jaffa y Jerusalem. Ninguna de las dos ciudades —la primera expone los valores del nuevo "Ishuv"; la segunda los de la población antigua— le parece confortable. Y cuando por último decide quedarse en Jerusalem (con todo lo que ello involucra) para casarse con Shifra, la hija del religioso fanático Rev. Paiish, lo muerde un perro rabioso y sufre una muerte de perro.

Las dos obras —"Oréaj Natá Lalún" y "Tmol Shilshom"— fueron modeladas con fragmentos de evocaciones; las dos contienen el legado de valores que se desintegraron y de sueños desvanecidos. En la primera, el to-

no es uniforme y, si la sociedad descrita es un cementerio viviente, aletea siquiera la esperanza postrera de revivirla en otra parte, en la Tierra de Israel; en la segunda el estilo varía desde la sátira a los héroes legendarios de la "Segunda Aliá", hasta la narración realista, llega al expresionismo en la descripción del vuelo del perro Balak y todo confluye en un rechazo nihilista de los valores del nuevo "Ishuv" y del fanatismo del antiguo. "Oréaj Natá Lalún" capta el pesimismo y la sensación de condena ineludible, que envuelve a la vida comunitaria judía durante la vigilia de la segunda guerra mundial; "Tmol Shilshom" es una expresión más temeraria e individualista de las profundas dudas acerca de varios ideales santificados en la vida judía, por lo cual censura sin reticencias a una generación "cuyo rostro es el de un perro". Aunque ideada en la primera parte del siglo, "Tmol Shilshom" fue compuesta en las postrimerías de la segunda guerra mundial; el hecho no carece de significado, pues estamos frente a un escritor hebreo con un sentido muy penetrante de la historia. Cronológica y temáticamente las dos novelas son correlativas de los relatos espeluznantes que contiene "Séfer Ha'maasim".

VI

A diferencia de muchos escritores que parecieran ser olvidados por su público al cumplir los cincuenta años de edad, la popularidad de Agnón creció sobremedida en los últimos veinticinco años. En parte se debe a los progresos de la considerable crítica literaria que encaró las obras de Agnón, cabiendo subrayar particularmente los estudios de Kurzweil, Sadán y Tochned.

De mayor importancia, sin embargo, es el hecho de que el lector de la década del cincuenta dispone de un número más imponente de escritos que el de los años del treinta. El Agnón que se revela en la edición de 1953 es un escritor mucho más grande que el de la edición de 1931. En las dos descuellan obras tan memorables como las ya mencionadas, y varios de sus mejores cuentos breves. Como los escritos de Agnón recurren a una gran variedad de elementos y técnicas narrativas, el lector que ama la buena literatura encontrará en los siete volúmenes muchas piezas capaces de conformar su gusto. La edición de 1950, además, fue signada por un relajamiento de aspectos ideológicos en la literatura hebrea y por un interés concomitante respecto a los problemas estéticos y las verdades existenciales que muestran al individuo como tal. Precisamente Agnón, entre todos los prosistas hebreos, fue el que supo contemplar los dos requisitos: el estético y el psicológico.

Ningún prosista hebreo moderno se dedicó con tanta meticulosidad a perfeccionar la forma expresiva, como lo hizo Agnón. Más que nadie trabajó sin tregua su arte, su estilo, la técnica narrativa y la terminación magistral de los materiales a su disposición. Aunque cuentista congénito, Agnón se esforzó siempre para encontrar la palabra exacta, la frase correcta, la cadencia precisa. Ningún manuscrito recibió su visto bueno para la publicación, sin una tenaz reelaboración previa; incluso los cuentos ya publicados alguna vez, volvían a ser revisados por nuevas ediciones. Ejo explica la plenitud y la tesura que impregnan todos los cuentos de Agnón, aunque algunos críticos supongan exagerada esta cualidad: los cuentos les parecen a veces superestructurados. No obstante, esta prueba de pericia consciente sólo puede servir de ejemplo benéfico para los escritores jóvenes.

Instruido por los estudios de Baruj Kurzweil, el lector hebreo comprobó que Agnón encara en sus libros los problemas del espíritu compartidos

por mucha gente del siglo XX. Aunque Agnón se desenvuelve casi siempre en un medio específicamente judío, enfrenta cuestiones que inquietan a escritores profundos de Europa y América. Encontramos la desintegración de los moldes sociales convencionales, que hace perder la orientación en un mundo de bestialidad. Bajo la superficie presuntamente plácida del estilo de Agnón en su prosa, bulle la vorágine de una borrasca espiritual. La tensión entre la superficie calma y la profundidad tempestuosa infunde vigor a los cuentos simples y le comunica un significado simbólico al detalle más doméstico. Amante de la poesía de Bialik, los cuentos de Agnón son la expresión contundente de la inocencia perdida por el judío moderno, aunque se muestre ortodoxo en la observancia de los preceptos. Reb Iúdel, de "Hajnasat Kalá", es una figura admirable, pero ya no existe; sus descendientes son sólo personajes perplejos y anodinos en la prosa posterior de Agnón. La confusión espiritual parece haber encontrado expresión natural en el aire enigmático de cuentos como "Ido Ve'inam" (Ya no Están) o "Ad Olam" (Por Siempre Jamás), dos de los relatos más discutidos en los últimos cincuenta años. No debe extrañar que encontremos huellas incuestionables del estilo de Agnón en los cuentos subsiguientes de Aharón Mégued, en la prosa de Amijái y también, más recientemente, en Ioram Kaniuk y Avraham B. Ichoshúa; dado el empeño consciente que invierten, su precursor lógico en hebreo es Agnón.

Agnón tuvo la fortuna que pocos escritores conocieron: los lectores inteligentes no cesan de admirarlo, a pesar de los cambios que operan las generaciones. Muchas de sus obras ya fueron adoptadas como textos escolares clásicos para la enseñanza de la literatura hebrea moderna. Sin embargo sus escritos no son ruidosos, pese a tratarse de trabajos en progreso constante. La edición reciente de sus "Cuentos Completos", en ocho volúmenes, no incluye centenares de páginas publicadas desde que la edición de 1953 se encuentra en miles de hogares. Los trabajos extensos en la compilación no se insertaron completos. Esperamos impacientes la segunda mitad o los dos tercios finales de "Shirá" (Poesía), una novela apasionante sobre las flaquezas y los desvaríos de la vida académica en Jerusalem; de una obra en dos o tres tomos sobre la historia de Buczacz en anécdotas, de la que sólo se publicaron fragmentos en suplementos literarios semanales. Las dos antologías —"Atém Reítem" (Vosotros Visteis), referente a Shavuot, y "Séfer, Sofer, Sipúr" (Libro, Escritor, Cuento), que habla de libros y autores— han sido publicadas en una cuarta parte apenas. Si tenemos en cuenta que docenas de trabajos no fueron incluidos en las rúbricas extensas, comprende remos que a los setenta y seis años de edad, el mejor prosista hebreo de nuestros tiempos nos reserva aún muchas sorpresas deliciosas.

El Teniente Coronel Julio E. Cordovez

1907 — 1965

Por JOSE MARIA CORDOVEZ

Ayer, 22 de diciembre, se cumplió el Primer Aniversario de la dolorosa desaparición de mi querido e inolvidable hermano Tente. Crnel. JULIO E. CORDOVEZ. Su grato recuerdo lo tendremos siempre presente, porque él fue justo y bueno. La acción del tiempo ni el olvido que conlleva, podrán borrar jamás de nuestra mente al noble y generoso hermano que partió hacia las regiones ignotas del Más Allá.

JULIO ENRIQUE CORDOVEZ vino al mundo y se formó en un virtuoso hogar cristiano que Dios le deparó y le dió por padres al General Julio E. Cordovez (q.d.D.g.) y doña Vicenta Berguido, viva aún con la gracia divina. Contaba tan sólo tres años de edad mi hermano, cuando el destino nos arrebató a nuestro querido padre. En esta forma apremiante se inició en la vida que tendría luego que transitar por los caminos tortuosos de la existencia humana. Con un rumbo fijo y dispuesto a alcanzar la felicidad terrenal por la senda del bien, mediante la honradez, la magnanimidad, la comprensión, la justicia, la lealtad y el amor al trabajo, emprendió la larga jornada. Pronto comprendió Julio, que con el matrimonio complementaría su vida deseada, y para emular a sus queridos padres, contrajo nupcias con la distinguida señorita ANA HORTENSIA DENIS LINARES, de honorable familia panameña. Fruto de esta sagrada unión fueron cuatro hijos, tres varones y una mujer, a quienes educó con celo, esmero y sacrificios. Su noble corazón le había dictado que lo que el destino le había negado a él, no podría negárselo a sus idolatrados hijos. No estaba equivocado. El corazón jamás engaña. Hoy sus hijos son ciudadanos respetables de nuestra sociedad y llevan con orgullo y honor el immaculado nombre que les dejó su buen padre.

Por la adversidad de la fortuna, mi hermano tuvo poca escuela, pero Dios se apiadó de él y lo dotó de una clara inteligencia que habría de servirle en el transcurso de su existencia. Desde muy temprana edad se enfrentó a la lucha por la vida y comenzó trabajando como Canciller del Consulado General de Chile en Panamá y sucesivamente Cajero del National City Bank, Oficial del Interstate Trust. Co. de Nueva York, EE. UU. de América, Contador de la Esso Standard Oil Co., Jefe del Acueducto Nacional, Capitán Jefe de Extranjería de la Policía Nacional, Contador de la Panama Coca Cola Botling Co., Jefe de la Policía Secreta Na-

cional, Cónsul Gral. de Panamá en San Francisco de California, EE. UU. de América, Secretario de la Embajada de Panamá en Costa Rica y Encargado de Negocios en el mismo país, Miembro de la Comisión Catastral, Director Gral. de Correos y Telecomunicaciones, Intendente Gral. de la Guardia Nacional y finalmente, Secretario Ejecutivo de la Guardia Nacional, cargo que ejerció hasta su prematura muerte ocurrida el 22 de diciembre del año pasado. Asistió como Delegado de Panamá a la Firma del Tratado de Paz con el Japón y a muchas conferencias Interamericanas de Defensa. Fue condecorado con la Orden MANUEL AMADOR GUERRERO por el Gobierno Nacional, en reconocimiento de sus servicios a la Patria y también con la Medalla Al Mérito, por el Gobierno de EE. UU. de América, por la valiosa cooperación que prestó a la causa de la Naciones Unidas en la última contienda mundial.

En todos los cargos que ejerció en su larga carrera pública, dejó a su paso una estela luminosa de honestidad, ecuanimidad y probidad, que hicieron de Julio, un hombre meritorio, digno de imitarse.

El Brigadier General BOLIVAR E. VALARINO, Comandante Jefe de la Guardia Nacional, para despedir al leal amigo y subalterno, pronunció en el Camposanto una sentida y generosa Oración Fúnebre, que siempre recordaremos con eterna gratitud, y dice en parte así:

“El compañero JULIO E. CORDOVEZ se ha ido, pero queda entre nosotros su vivo recuerdo unido a su jovial espíritu y a su recta trayectoria de ciudadano y amigo nos servirá de norte y guía en nuestra cotidiana tarea. Sus funciones quedaron nítidamente impresas en todos los actos de su vida privada y en todas las circunstancias que se le presentaron en el ejercicio de las funciones que desempeñó en su vida pública. Su constante preocupación por la seguridad de su hogar y por el bienestar de su honorable familia, procurando siempre la felicidad de los suyos y de aquellos a quienes extendió su mano amiga, no necesitan mayor exposición, porque es bien sabido que JULIO E. CORDOVEZ siempre rindió culto a la amistad y a la lealtad con ejemplar sinceridad”.

Después de las bellas palabras del General Vallarino, vino el conmovedor Toque de Silencio que contrista al corazón, para renunciar que todo había terminado para el Tte., Crnel. CORDOVEZ, pero no así su grato recuerdo que será imperecedero. PAZ A SU TUMBA.

Panamá, 23 de diciembre de 1966.

La Biblioteca Nacional y la Semana del Libro

Con motivo de sus BODAS DE PLATA.

Por Ernesto J. Castellero R.

Primer Director de la Biblioteca Nacional

Desde 1904, recién constituida la República, se pensó en la creación de una Biblioteca Nacional, y varias fueron las leyes que así lo dispusieron en distintas ocasiones, pero tal aspiración no vino a concretarse en realidad hasta 1942, cuando el Presidente Don Ricardo Adolfo de la Guardia y su Ministro de Educación Dr. Educación Dr. Víctor Florencio Goytía, llevaron a efecto el acariciado propósito al expedir el Decreto No. 238 del 31 de enero de dicho año, por el cual quedó fundada la Biblioteca Nacional.

El mismo día fue nombrado el personal que la atendería en número de seis personas, mas el Director. En el presupuesto nacional no existía asignada partida para proveer a los gastos del nuevo centro de cultura, y el Ejecutivo apenas si señaló la suma de veinte balboas para sufragar, como Caja menuda, el servicio de aseo del edificio, etc. En tales condiciones el Director afrontó la difícil tarea de organizar y hacer funcionar esa Casa de estudios.

El fondo bibliográfico que se puso a disposición del Director para levantar la Biblioteca Nacional, lo constituían 3.500 libros, poco más o menos, que fueron de la antigua "Biblioteca Colón", mantenida por el Municipio casi medio siglo (49 años), que había sido clausurada en 1941. Esos volúmenes se guardaban en un depósito mal seguro y lleno de humedad, donde muchos ejemplares se perdieron y no pocos estaban dañados.

En junio del mismo año de 1942 el Ministro de Educación nombró un Comité Pro divulgación del Libro y Fomento de Bibliotecas, que presidió el Profesor José Daniel Crespo, en ese entonces Asesor Pedagógico del Ministerio. Constituían el Comité los señores Licenciado Jephtha B. Duncan, Don Melchor Lasso de la Vega, Dr. Enrique Ruiz Vernacci, señorita Otilia Jiménez, Señora Teresa López de Vallarino y Profesor Ernesto J. Castellero R., Primer Director de la Biblioteca Nacional.

Como primera medida el Comité se propuso restablecer la práctica de una medida, ya abandonada, del Dr. Octavio Méndez

P. cuando fue Secretario de Instrucción Pública en 1926, en que instituyó el DIA DEL LIBRO para "fomentar la cooperación privada para el desarrollo de las Bibliotecas escolares del país", según reza el Decreto número 55 de aquel año, expedido por el Presidente Don Rodolfo Chiari con su Secretario de Instrucción Pública, el propio Dr. Méndez.

En la primera celebración del DIA DEL LIBRO, que fue el último sábado del mes de agosto de 1926, la Junta que puso en práctica la iniciativa oficial, colectó entre el público la suma de B.470,00 y obtuvo por donaciones 6.948 volúmenes, con los cuales se crearon Bibliotecas en las escuelas y colegios. EL DIA DEL LIBRO, comenzando con mucho entusiasmo, decayó con el transcurrir de los años hasta no quedar de tan plausible iniciativa sino un lejano recuerdo.

El Comité del Libro de 1942, por sugestión del Dr. Crespo procedió a organizar, ya no un día, sino una SEMANA DEL LIBRO, siguiendo el mismo plan de 1926. Fueron en esos siete días organizadas exposiciones de obras nacionales, veladas líricas en los colegios secundarios, desfiles de escolares por la Avenida Central, Verbenas, Conciertos, Conferencias, una gran Feria del libro, etc., actividades que tuvieron el mayor de los éxitos.

El primer año se colectaron entre el comercio y el público B.1.084,00, que empleados por el Ministerio de Educación en adquisiciones de libros en cantidad de 2.450 volúmenes, sirvieron no sólo para aumentar el haber bibliográfico de la Biblioteca Nacional, sino también para crear en varias poblaciones del interior nuevos centros de lectura. Instituyéronse así las Bibliotecas de Antón, Aguadulce, Bejuco, Capira, Chitré, Chorrera, David, Concepción, La Palma del Darién, Los Santos, Natá, Ocú, Penonomé, Pocrí de Aguadulce, Remedios, Soná, Santa Fé, Santiago y Otique (Oriente y Occidente).

Con la experinecia adquirida en este primer año de labor, el Comité del Libro desarrolló en el año de 1943 otras actividades con resultados óptimos. La colecta pública en dinero produjo B.9.811,00, que invertidos por el Ministerio en compra de libros en el extranjero, dieron 23.470 volúmenes que fueron distribuídos por la Biblioteca Nacional entre las de las poblaciones antes mencionadas y en otras Bibliotecas que se crearon hasta el número de 39 que estuvieron en funcionamiento al final de ese año. Así recibieron el beneficio de sus Bibliotecas: Dolega, Las Lajas, Patrerillos, San Félix, Tolé, Chepigana, Pocrí, Parita, Pesé, Sabanagrande, Arraiján, Chame, Chepo, Pacora, Taboga, Atalaya, Cañazas, San Francisco y Narganá. La Biblioteca Nacional enriqueció notablemente su existencia. Los libros duplicados fueron distribuidos entre

la Universidad, el Instituto Nacional, la Escuela Normal, el Liceo de Señoritas, la Escuela Profesional y los colegios privados que tan entusiastamente habían colaborado en el éxito de la SEMANA DEL LIBRO.

En el año de 1945, gracias al interés de la Biblioteca Nacional y a la ayuda lograda por la SEMANA DEL LIBRO, había funcionado ya en el país 41 Bibliotecas, y la Biblioteca Nacional, centro de aquella actividad, contaba en sus anaqueles con 14.150 volúmenes para el servicio del público.

Esta institución fue solemnemente inaugurada por el propio Presidente de la República Don Ricardo Adolfo de la Guardia, su fundador, el 11 de julio de 1942 como acto inicial de la primera SEMANA DEL LIBRO.

Por lo expuesto someramente antes, la Biblioteca Nacional cumplió, y sigue cumpliendo a cabalidad, la función que le trazó el Ministro Dr. Goytía al expresar en el discurso inaugural la trayectoria de su labor. *“La Biblioteca Nacional —dijo— tiene una función adicional a la que le es propia por su índole. Ella distribuirá libros a las filiales de los distritos y a las salas de lectura de los barrios urbanos. Será el eje de un sistema de difusión cultural en movimiento rotativo y continuo y su provisión de obras se efectuará por tres conductos: la cooperación de la ciudadanía, la asistencia del Estado y el canje con entidades extranjeras”.*

Lo que la Biblioteca Nacional ha realizado con posterioridad, corresponde a la historia de su desenvolvimiento, que todavía no ha sido escrita. Hoy la institución, que hace un cuarto de siglo tuvo tan modestos comienzos, es poseedora de un Fondo bibliográfico de cerca de 170.000 volúmenes de literatura y ciencia, además de una abundante hemeroteca.

La idea de la celebración anual de la SEMANA DEL LIBRO, que surgió casi simultáneamente con la fundación de la Biblioteca Nacional, con carácter general para todas las poblaciones del país, ha germinado y dado opimos y satisfactorios frutos. Los Gobiernos, sin embargo, hasta la fecha se han abstenido de dotar a la Biblioteca Nacional de los recursos suficientes para su desarrollo adecuado y para el cumplimiento a cabalidad de la función primordial de difusora de cultura por medio de las Bibliotecas escolares urbanas y rurales que han sido creadas bajo su patrocinio.

Estas Bibliotecas, con todo, han proliferado desde el inicio de la Nacional, a lo largo de la República, donde existen ya 150, que se nutren de la última y gracias a las colectas de libros y di-

nero entre el público contribuyente durante la SEMANA DEL LIBRO, y al auxilio monetario que últimamente está brindando la Alianza para el Progreso de los Estados Unidos.

Ojalá que ante la elocuencia de los hechos, someramente expuestos, se despierte en los dirigentes de la educación un mayor interés por la Biblioteca Nacional, y ésta, para su futuro desenvolvimiento y más eficaz servicio sea dotada de los recursos que requiere su desarrollo, así como del local adecuado donde pueda funcionar normalmente.

PANAMA, Enero de 1967



Acto de inauguración de la Biblioteca Nacional de Panamá, el 11 de Julio de 1942. El Profesor Ernesto J. Castellero R., primer Director de la Biblioteca, leyendo el discurso inaugural ante el Presidente de la República, miembros del Gabinete Presidencial y Público en general.

EFEMERIDES

Fechas centenarias en la historia de Panamá — Año de 1867

Por: JUAN ANTONIO SUSTO LARA

Las efemérides centenarias referentes a la historia del Istmo de Panamá, correspondientes al año de 1867, son de diversa índole. Destacamos las que consideramos más importantes.

1º de enero de 1867: Se creó la Notaría Segunda del Circuito de Panamá. Los Notarios fueron Archivadores Judiciales. Se nombró Notario Segundo a don Manuel Sobando.

5 de enero de 1867: Se aprobó el Censo de 1864 que dió al Estado Soberano de Panamá, 220.000 habitantes, con derecho a 5 representantes al Congreso de Colombia.

8 de enero de 1867: El Municipio de Panamá creó el destino de Personero del Distrito Capital.

21 de enero de 1867: El Prefecto de la Provincia de Veraguas, doctor Manuel Amador Guerrero, fijó los límites del Distrito de Soná.

22 de enero de 1867: Se creó y organizó la Imprenta del Estado Soberano de Panamá y se nombró su Director a don Buenaventura Asprilla.

26 de enero de 1867: El Presidente del Estado Soberano de Panamá, General Vicente Olarte Galindo, se ausentó de la capital del Estado en visita oficial al interior del país y dejó encargado del Poder Ejecutivo a Don Juan José Díaz.

12 de febrero de 1867: don Tomás Casís tradujo del inglés la "Historia del Istmo de Panamá" de Berthold Seeman y la publicó en la imprenta de la "Crónica Mercantil". El original en inglés lo editó la imprenta del "Star & Herald" en ese mismo año de 1867.

10 de marzo de 1867: Se celebró contrato con el Ingeniero Civil y pedagogo don Manuel José Hurtado, para la administración de una escuela pública para varones, en la capital, por dos años.

12 de marzo de 1867: El Congreso de Colombia reconoció que los Estados Soberanos tenían la facultad de mantener en tiempo de paz la fuerza pública que juzgaran conveniente.

21 de marzo de 1867: Nació en la ciudad de Panamá don **Edmundo Botello**. En las artes gráficas fueron sus maestros los señores R. de la Torre y M. A. Mora. Poeta y periodista. Fundó y redactó "El Loro", "El Deber" y "El Duende". Colaboró en "El Cronista", en "El Lápiz"

y en otros varios periódicos. Murió en la ciudad de Panamá el 27 de Noviembre de 1911.

25 de marzo de 1867: Nació en la población de Chame, provincia de Panamá, don **José Encarnación Calvo**. Doctor en Medicina. Se graduó en el Bellevue Hospital de Nueva York. Fue Médico en la Compañía Francesa del Canal; Secretario del Cuarto Congreso Panamericano reunido en Panamá; Médico del Hospital de Santo Tomás; Jefe de la Clínica de la Cruz Roja Nacional, Gobernador de la Provincia de Panamá. Falleció en la capital de la República el 1º de junio de 1939.

1º de abril de 1867: Se nombró a don José María Alemán, Sub-Secretario de Estado.

5 de abril de 1867: El Congreso de Colombia devolvió a los distritos y aldeas los bienes que les pertenecían y que fueron adjudicados a la Nación en 1861.

12 de abril de 1867: El Presidente del Estado Soberano de Panamá, General Vicente Olarte Galindo, lanzó proclama sobre la cesación de los conatos revolucionarios del general venezolano Luis Level de Goda.

13 de abril de 1867: El Congreso de Colombia levantó el estrañamiento impuesto por el Poder Ejecutivo de la Unión a los Obispos y demás ministros católicos.

13 de Abril de 1867: Nació en Ibarra (Ecuador), Don Carlos Endara Andrade. Vinc a Panamá en 1884 y residió hasta el 27 de Enero de 1954, fecha de su muerte. Pintor y fotógrafo artístico, dejó una valiosa obra

16 de abril de 1867: El Congreso de Colombia declaró que el Gobierno de la Unión observaría neutralidad cuando algún Estado intentara derrocar al gobierno y se organizara otro. Era Presidente de Colombia el General Tomás Cipriano de Mosquera.

6 de mayo de 1867: El Presidente de Colombia, General Tomás Cipriano de Mosquera, envió mensaje a varios Estados Soberanos, entre ellos al de Panamá, sobre el levantamiento del panameño doctor Pablo Arosemena y otros, contra él.

16 de mayo de 1867: El gobierno de Colombia aceptó la propuesta de los ingleses Page, Keffel, Marshall y Webb, para abrir un canal.

23 de mayo de 1867: El Gobierno de Panamá nombró a José María Alba, Archivero de la Secretaría de Estado; el Alcalde de Ponuga, Cecilio Castellero, trató sobre la fijación de límite sde Ocú y Ponuga.

25 de mayo de 1867: Se dictó decreto sobre el servicio de correos en el Estado Soberano de Panamá.

6 de junio de 1867: Salió "El Oráculo del Pueblo", redactado por jóvenes de la ciudad de Panamá.

11 de junio de 1867: Se estableció la primera escuela, por el Regidor del Territorio de Bocas del Toro, costeada por padres de familia.

14 de junio de 1867: Salió "El Filopolita" en apoyo de la candidatura del General Vicente Olarte Galindo para Presidente del Estado Soberano de Panamá. Dejó de circular el 8 de mayo de 1875 por considerar "que se vivía en una época de terror".

19 de junio de 1867: Llegó al puerto de Colón, el monumento al General panameño Tomás Herrera, obra de los escultores italianos Donalizio y hermano. Hizo el contrato respectivo don Francisco Alvarado.

27 de junio de 1867: Se fundó en la ciudad de Panamá la "Sociedad Genuina", integrada por jóvenes artesanos de la capital, para el progreso moral y material de sus asociados.

28 de junio de 1867: El Prefecto de Chiriquí, N. Herrera, dividió la ciudad de David en cuarteles para efectos policivos.

2 de julio de 1867: Se ratificaron los límites de los distritos de Chepo y Pacora, conforme a ley de 1863.

4 de julio de 1867: Se aceptó la renuncia del doctor Eduardo de Soto, Médico-cirujano del Hospital Militar de Panamá y se nombró en su lugar al doctor Paul de Casanova. Ejercían para esa fecha los médicos siguientes: Emilio Filippi, Carlos Icaza Arosemena, Eduardo Soto, W. Waydelin, Paul de Casanova, M. Müller de Fuy y Mateo Iturralde.

5 de julio de 1867: Se celebró contrato entre el Secretario de Hacienda de Colombia y George M. Totten, de la Compañía del Ferrocarril de Panamá.

5 de julio de 1867: Se adjudicó al Señor Teodoro J. de Sablá, privilegio sobre establecimiento del telégrafo submarino.

10 de julio de 1867: Nació en la Ciudad de Panamá don **Cristóbal Martínez** (Simón Rivas, en el mundo de las letras). Tipógrafo de profesión, literato por impulso. Con Adolfo García redactó "La Nube", (1893); colaboró en "Cosmos" (1896); y editó posteriormente "El Istmeño" (1899); suspendido este último por el gobierno departamental. Al iniciarse la República de Panamá escribió en "El Heraldo del Istmo" (1904-1906); y en "Nuevos Ritos" (1907-1913). Su temperamento y lo mejor de su obra, autorizan a situarlo dentro de la corriente modernista. Don Rodolfo Aguilera, en 1906; Gaspar Octavio Hernández en 1916 y Rodrigo Miró en 1953, nos dan los rasgos de su persona-

lidad literaria, y por último la señorita Carlina Royer, en su trabajo de graduación en la Universidad de Panamá (1954) nos brinda su "Bio-bibliografía" de Simón Rivas (Cristóbal Martínez). Murió en la Ciudad de Panamá el 16 de julio de 1914.

7 de agosto de 1867: Llegó a la ciudad de Panamá, procedente de Inglaterra, el General Santos Gutiérrez, primer Designado para ejercer el Poder Ejecutivo de la Unión Colombiana.

7 de agosto de 1867: Se fundó en la Ciudad de Panamá la "Sociedad de Artesanos Hermanos Unidos", presidida por don Lorenzo Segundo, prestigioso liberal de Santa Ana.

22 de agosto de 1867: Fueron apresados en la ciudad de Panamá el General José Leonardo Calancha y sus compañeros, por conspirar contra el Gobierno del General Vicente Olarte Galindo.

1º de septiembre de 1867: En su mensaje a la Asamblea Legislativa de Panamá el Presidente del Estado Soberano, se expresó así: "...esta interesante faja de tierra como puente de comunicación entre los dos grandes océanos".

7 de septiembre de 1867: Se nombró General de la Guardia Colombiana al Presidente del Estado Soberano de Panamá, General Vicente Olarte Galindo.

20 de septiembre de 1867: Los Diputados Pedro Goytía y José Goti, presentaron la siguiente proposición, que fue aprobada por unanimidad: "La Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Panamá deplora la muerte del doctor Emilio Le Breton, francés de nacimiento, quien por sus afectos personales y buenos oficios para con la humanidad afligida del Estado, se hizo acreedor a que se le estimara y considerase como uno de sus hijos adoptivos".

30 de septiembre de 1867: Por la Ley 7a. de la Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Panamá, se estableció un hospital de caridad en la ciudad de Panamá.

13 de octubre de 1867: En Penonomé, Coclé, nació el Doctor **Ramón Maximiliano Valdés**. Abogado, político. Fue Alcalde, Diputado, Representante y Secretario de Estado, en el Departamento de Panamá. En la República: Secretario de Estado y Diputado. Murió en la ciudad capital el 3 de junio de 1918, siendo Presidente de la República de Panamá. Publicó los siguientes libros "Geografía del Istmo de Panamá" ediciones de 1898, en Bogotá; 1905, en New York y en Panamá 1909, 1914, 1923 y la sexta en 1925; "La Independencia del Istmo de Panamá, sus antecedentes, sus causas y su justificación" impresa en 1903 y 1904, en español, francés e inglés; en 1910 imprimió su "Memoria" como Secretario de Gobierno y en 1911, el folleto "Los partidos políticos en Panamá".

15 de octubre de 1867: En el "Boletín Oficial", de esta fecha, se publicaron todos los documentos relativos al monumento del general panameño, Tomás Herrera.

1º de noviembre de 1867: El Presidente del Estado Soberano de Panamá, General Vicente Olarte Galindo, pone en ejecución ley de 1866, sobre la construcción de un polvorín en la ciudad de Panamá.

19 de noviembre de 1867: Se dió posesión a don Juan Caselli y a don Eugenio Fery de los edificios denominados "Bodegas Altas y Bajas del Taller" y de la "Carnicería Vieja" bajo la protesta del Presidente del Estado Soberano de Panamá, General Vicente Olarte Galindo.

1º de diciembre de 1867: Nació en Penonomé, Coclé, don **Eligio Ocaña Fernández**, fue Fiscal del Circuito de Coclé; Diputado, Registrador de la Propiedad, Prefecto de Provincia, Teniente Coronel y Colector de Hacienda en la Ciudad de Colón, Gobernador de la Provincia de Coclé. Murió en la Ciudad de Panamá el 6 de diciembre de 1946.

17 de diciembre de 1867: Se aprobó el "Reglamento de la Escuela de la Capital del Estado", hecho por don Manuel José Hurtado. (Se publicó en la Gaceta Oficial N° 185 de la fecha señalada arriba, página 175).

18 de diciembre de 1867: El Presidente del Estado Soberano de Panamá, General Vicente Olarte Galindo, nombró el Concejo de Instrucción Pública, el que integraron los señores Mariano Arosemena, José Arosemena y Carlos Icaza Arosemena.

24 de diciembre de 1867: Se llevaron a cabo los certámenes de las escuelas privadas de los educadores Nemesio Medina y Bernardo José Alvarado.

25 de diciembre de 1867: Se efectuó el certamen de la escuela regentada por don Valentín Bravo, distinguido profesional panameño en el campo de la educación nacional.

ALGUNOS DATOS HISTORICOS SOBRE LOS ALBINOS CUNA

Dra. Reina Torres de Araúz

Los indios Cuna constituyen en la actualidad el segundo grupo indígena panameño, en cuanto a población, y es indudablemente uno de los más conocidos tanto por los científicos como por el público en general. Se les encuentra en cuatro sectores de la república de Panamá: En la Comarca de San Blas, en la costa atlántica donde existen más de 60 aldeas, la mayoría de ellas en las islas, y que encierra 19,343 individuos; la Reserva del alto Bayano, en la Provincia de Panamá, donde se encuentran aproximadamente 949 indios que habitan los poblados de Majé, Pintupo, Ikantí, Piriá, Piriati, Río Diablo, Cañazas y Sábaio; el alto río Chucunaque, en la Provincia de Darién, donde habitan tres aldeas permanentes, que con Wala, Mortí y Nurra; el censo de 1960 señaló una población de 433 personas en este sector; el alto Tuyra, donde se encuentran no más de 100 individuos y cuyas aldeas principales son Paya y Pucro. En la República de Colombia se encuentran también un pequeño grupo de Cunas, que posiblemente no sumen más de 300 individuos y que se encuentran en el estuario del río Atrato, en el Golfo de Urabá, en los pueblos de Arquía, Caimán y en los alrededores de Unguía.

Los Cuna son el grupo indígena panameño que más estudios ha merecido de parte de antropólogos, etnólogos y lingüistas, como también de parte de historiadores. Pinart y Pittier iniciaron a fines del siglo pasado el estudio científico de los mismos, quienes luego a principios del presente fueron visitados por etnólogos de sólido prestigio internacional como el Barón Erland Nordenskiöld. Desde entonces los estudios han continuado ininterrumpidamente por parte de científicos extranjeros y nacionales.

La actual situación geográfica de los Cuna no ha sido siempre la misma, como es lógico suponer, considerando el dinamismo migratorio ocurrido a principios de la época colonial, y aun antes, cuando las invasiones caribe y arawak ocasionaron traumas en la región circuncaribe. Henry Wassén, etnólogo suco especializado en culturas indígenas panameñas y colombianas, ha comprobado su reciente migración hacia las islas del atlántico, adonde habrían arribado a principios del siglo XIX. De la región continental darienita habrían emigrado al alto curso del Chucu-

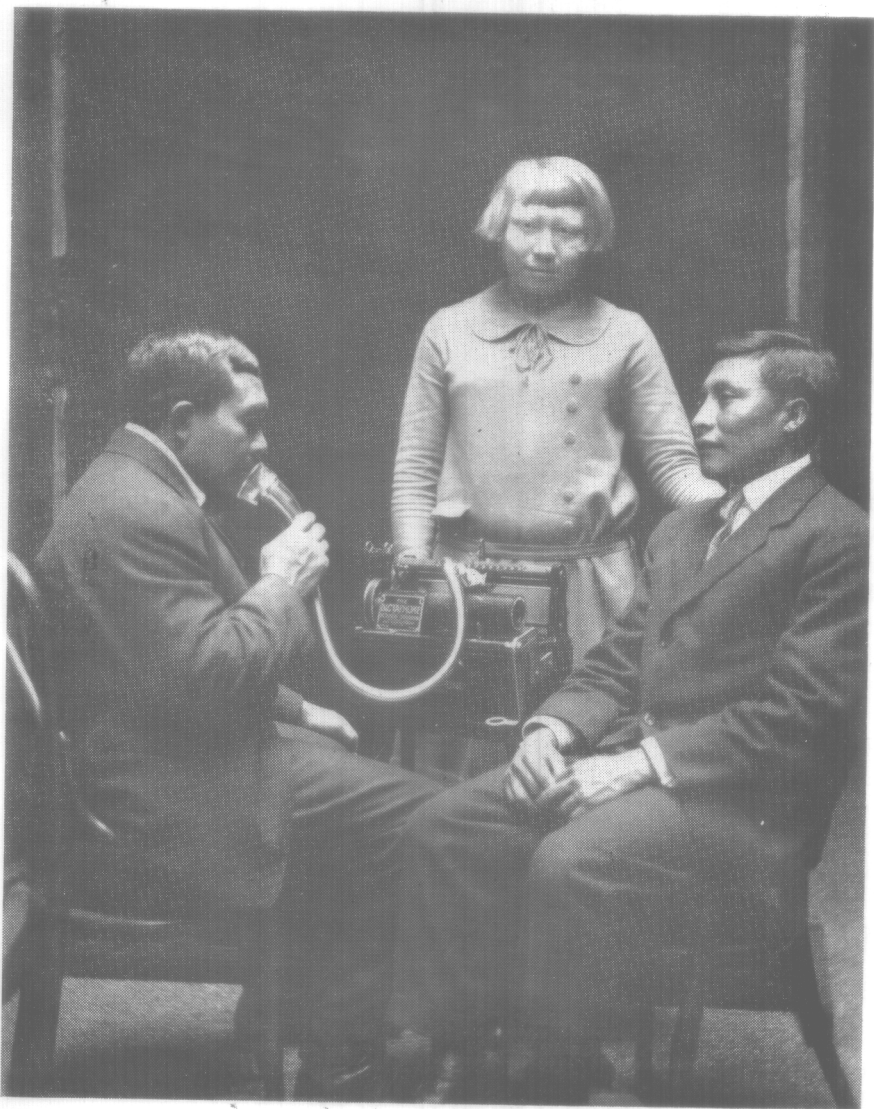
naque y del Bayano, y el grupo más numeroso se habría dirigido hacia la vertiente atlántica, donde tras una permanencia previa en los ríos de la región, habrían avanzado hacia la costa, y de allí, a las islas. (1) en donde se les encuentra hoy en proporción mayoritaria.

Un aspecto interesante de los indios Cuna de Panamá es la alta frecuencia de albinos. El Dr. Osvaldo Velásquez, oftalmólogo panameño quien ha realizado investigaciones de su especialidad entre ellos, se expresa así: "De una población de 23.000 habitantes se ha encontrado una incidencia de 1:160, *la más alta en el mundo*. En los Estados Unidos la incidencia de albinos es de 1:10.000 y en Europa de 1:20.000". (2)

Un científico norteamericano, Reginald Gordon Harris, quien en 1925 tuvo oportunidad de recorrer el archipiélago que habitan los Cunas en la costa atlántica de Panamá, se refiere a ellos así: ". . . Los indios blancos de San Blas y Darién representan claramente un tipo de albinismo, que aunque bien conocido anteriormente fue comparativamente raro y es muy difícil de estudiar entre miembros de una raza color claro. Los indios blancos tienen un iris castaño (azul con puntos claros) o pueden tenerlo azul oscuro o violeta oscuro. Por otra parte, su cabello no es blanco sino blondo, a veces ligeramente oscuro, a veces decididamente castaño rojizo. Son estas y otras consideraciones que indujeron a los primeros exploradores a llamar blondos a los indios blancos y las que nos inducen a clasificarlos como albinos imperfectos o parciales" (3)

El científico norteamericano Clyde Keeler ha visitado repetidas veces a los indios Cunas de Panamá entre quienes ha estudiado especialmente el fenómeno del albinismo; en sus obras suele denominarlo Moon-Child (hijos de la luna), recurriendo a un término mitológico y tradicional de esa cultura. El Dr. Osvaldo Velásquez, ha tenido oportunidad de estudiarlos clínicamente en el Instituto Panameño de Oftalmología, de donde ha derivado su interés por el tema que le ha llevado a analizarlo genéticamente y aún etnológicamente. Creo oportuno citar su opinión científica acerca de la causa y las características del albinismo entre los Cuna: "El albinismo es el resultado de una falla en el metabolismo de la tirosina y como consecuencia de esta falla los melanocitos no producen melanina, lo que a su vez explica la ausencia de este pigmento en la piel, cabello y ojos.

En cuanto al examen físico encontramos que la piel es blanca, por ausencia de melanina, al tacto se siente seca y áspera. Con frecuencia encontramos pecas y tumores cutáneos tanto malignos como benignos. A una edad muy temprana la piel se arruga. El cabello es sedoso y el color varía de blanco a amarillo pálido. La



Grabando textos y canciones cunas en el Smithsonian Institute, en Washington, el año de 1924. (Cortesía de Smithsonian Institution)

cara y las extremidades están cubiertas de una escasa vellocidad fina y pálida. En general. . . el desarrollo físico de los albinos es deficiente, en estudio comparativo con individuos pigmentados de la misma tribu" (1)

Pero, en realidad, ya desde el siglo XVII tenemos detalladas descripciones sobre estos albinos. El pirata y cirujano Lionel Wafer, miembro de la expedición de Dampier, y quien vivió una aventura de cuatro meses entre los Cuna del Darién, en 1681, reparó ya en ellos y con admirable espíritu crítico y de observación los describe así: "Hay en aquel país ciertas personas que tienen una tez muy particular. No las he visto semejantes en ninguna otra parte, ni aún he oído decir que la haya. Esto podrá parecer extraño, pero no hay corsario que haya estado en el Istmo que no lo pueda confirmar, a lo menos en lo especial, aunque pocos han tenido ocasión de instruirse en esto tan bien como yo.

Estos indios, de uno y otro sexo, son muy blancos, pero su número es tan pequeño, comparado con el de los otros, que no hay tal vez uno por dos o trescientos de los de color amarillo. Además su blancura no es como la de los europeos, mezclada de encarnado, ni como la de nuestras gentes pálidas: es más bien de color de leche, y se asemeja mucho a la de un caballo blanco. Su cutis se ve también todo cubierto más o menos, de una especie de vello blanquecino que hace resaltar su brillo, pero no tan espeso, sobre todo en las mejillas y la frente, que impida distinguir bien la tez. Los hombres tendrían sin duda blanca y muy áspera la barba, si no tuviesen el cuidado de arrancarla tan pronto como comienza a mostrarse, operación que no ejecutan con los vellos. Las cejas son también de un blanco de leche, y lo mismo los cabellos, los cuales tienen siete u ocho pulgadas de largo y son muy finos, hermosos y medio crespos.

Esos indios no son tan gruesos como los demás, pero lo más sorprendente es que sus párpados son de figura oblonga, o más bien en forma de media luna, con las puntas hacia abajo. Por este motivo, y porque ven muy bien con la claridad de la luna, los llamábamos "ojos de luna". Tienen estos tan débiles, que casi no ven en pleno día, y si el sol llega a herírseles les fluye agua en el momento; así es que no les agrada salir de día, a menos que el cielo esté cubierto de nubes.

Son también de constitución muy delicada con respecto a los demás, y no les gusta la caza, ni los ejercicios penosos, para los cuales no son propios. Pero aunque son tan flojos, entorpecidos y tranquilos durante el día, tan pronto como aparece la luna se muestran llenos de fuego y actividad: corren por los lugares



Igwa Nigdibippi, jefe indígena nacido en 1893, toca la flauta y agita una maraca. Foto de 1924. (Cortesía de Smithsonian (institución)).

más sombríos de las selvas tan ligero como lo hacen de día los otros indios, con la diferencia de que no son tan robustos ni tan vigorosos, y saltan como corzos.

Parece que los demás indios los desprecian y los miran como una especie de monstruos. No forman una raza particular y distinta, pues sucede muchas veces que un padre y una madre de color cobre amarillo tienen un hijo de esta clase. Yo vi uno que sólo tenía un año completo. Podría sospecharse que esos blancos descienden de algún padre europeo; pero además de que los europeos no van casi por allí, y cuando van tienen poco comercio con las indias, esos blancos no difieren menos de los europeos en ciertos respectos, que de los indios cobrizos en otros. Por otra parte, el niño que nace de un europeo y de una india, es siempre mestizo, o moreno, como lo saben todos los que han estado en las Indias Occidentales, donde hay mestizos, mulatos, etc., de muchos grados entre el blanco, el negro y el indio, según el color del padre y de la madre. Por ejemplo, un mulato fino es hijo de un mulato y una mestiza, etc.

Además, los hijos de esos indios no son blancos como el padre o la madre, sino de color de cobre amarillo, como sus abuelos. Lacenta mismo me lo dijo, y él conjeturaba que su blancura era debida a la imaginación viva de la madre que miraba la luna en la época de la concepción. Dejo a otros el cuidado de examinar si es ésta la verdadera causa. Lacenta me aseguró, además que tales indios morían muy jóvenes. (6)

También los colonos escoceses que se instalaron en Nueva Caledonia (hoy Puerto Escocés) a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII tuvieron oportunidad de verlos y no pudieron menos que *asombrarse*. Uno de ellos, quien no dá su nombre, escribió una larga relación de la región y sus habitantes, indudablemente dirigida a una de las autoridades de la Compañía, en la cual dice así: "Aquí hay dos clases de gente: una clase cultiva la tierra, hace plantíos: estos son los más numerosos, la otra clase es una clase perezosa que solamente se ve por la noche. Tienen sus cabañas donde ellos viven durante el día hasta la noche, no usan ningún otro tipo de habitación. Ellos no usan más vestidos que un delantal amarrado en la mitad y que llega hasta esconder sus partes sexuales. Estos delantales están hechos de corteza de árbol, que ellos baten con fuerza sobre piedras hasta que lo suavizan; estos mismos ellos usan como estera para dormir, excepto unos pocos que la hacen de algodón; ellos son tan blancos como el más blanco de Escocia.

La otra clase es de un color chocolate, pero muy atractivos de cuerpo; muy atractivos los hombres y las mujeres muy fornidas, los hombres entre ellos son muy diestros en el arco y la flecha, y muy buenos lanceros. La clase común usa lanzas de madera, las puntas hechas con hierro y con dientes de cocodrilo" (7)



Margarita Campos acompañada por Jim Perry y Alfred Robinson, en 1924. (Foto, Cortesía de Smithsonian Institution)

Vemos, pues, que desde los primeros siglos de la colonia los albinos han llamado la atención de viajeros y conquistadores. Esto dió motivo a la leyenda de “los indios blancos” del Darién, para cuya búsqueda organizó una expedición en el año 1923 el ingeniero norteamericano Richard O. Marsh, quien sostenía la existencia de una raza o Tribu de indios blancos, a quienes relacionaba con los míticos héroes civilizadores de las grandes civilizaciones precolombinas. La aventura, que resultó fatal, pues en ella murieron dos científicos: uno panameño, el Dr. Brin, y uno norteamericano, el Dr. Baer, de Smithsonian Institution, no encontró la tal “raza” de indios blancos, pero al llegar a San Blas, si pu-

dieron ver los albinos, de quienes se agarró Marsh como table de salvación, para probar su teoría. En efecto, terminada la expedición, llevó consigo a los Estados Unidos un grupo de indios Cuna, entre ellos tres albinos, quienes fueron estudiados por diversos científicos lo que arribaron a la conclusión de que no se trataba de una "raza de indios blancos, sino de típicos albinos." Si bien la visita de estos indios a los Estados Unidos, no fue ventajosa para su protector, sí lo fue para la ciencia, pues ellos fueron objeto de serias investigaciones antropométricas, lingüísticas, etnológicas y etnomusicológicas, de parte del personal especializado de Smithsonian Institution, en Washington, D. C.

Personalmente he tenido dos oportunidades de estudiar en esa institución tanto la extraordinaria colección etnográfica Cuna y Chocó que Marsh entregó al final de la aventura, como también los documentos, publicaciones y fotografías concernientes a la permanencia del grupo de indios en el instituto. Ello me ha permitido hacerme una imagen bastante completa de este interesante pasaje histórico, que después tuvo implicaciones políticas, pues como sabemos, Richard estuvo fuertemente vinculado a la Revolución de Tule, en 1925, cuando los indios de San Blas se declararon independientes.

El grupo completo de indios que viajó a Norteamérica consistía en ocho indios:

Iguainigdipippi (quien vive todavía y fue hasta hace poco Sáhila de Ailigandí)

Billy Thompson

Alfred Robinson (hijo de Nele Kantule y quien hablaba inglés)

Jim Barre

Alice Barre (esposa del anterior)

Margarita Campos (albina, de 14 años de edad)

Olonipiquiña (albino, de 14 años)

Sipu (albino, de diez años)

Al llegar a E.E. U.U. con su grupo, Marsh no se dirigió directamente a Washington. Parece ser que el trágico acontecimiento de la muerte del Dr. Baer, como también ciertas imprudentes declaraciones de tipo científico hechas a los periodistas, quienes hicieron gran despliegue de las mismas, motivaron un distanciamiento entre aquel y la Institución Smithsoniana.

Fueron primero a Nueva York, donde Marsh dió una fiesta en el Hotel Waldorf Astoria para presentar los "indios blancos".

“Para sustraerlos a la curiosidad pública un tanto indiscreta, se llevó su grupo de indios a un lugar de descanso veraniego en Canadá, cerca de las Thousand Islands, en el St. Lawrence. Coincidió ésto con la reunión anual de la British Association for Advancement of Science, en Toronto. De esta manera, los científicos interesados pudieron asistir a la casa de Marsh y examinar a los albinos con tranquilidad. Así, famosos investigadores como Balfour, Huxley, Cunningham, y otros, los visitaron y estudiaron”. (6)

Marsh dice en su libro “White Indians of Darien”, que Smithsonian Institution le presentó excusas y que en consideración a ésto decidió llevar el grupo de indios allá. No bien llegaron, se les acogió atentamente, incluso con una gran recepción, y se nombró una comisión formada por la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, para que estudiasen y diese un informe científico sobre los famosos “indios blancos”. Constituían esa comisión el Dr. Stile patólogo, jefe del U.S. Public Health Service; el Dr. D. M. Davenport, genetista de la Institución Carnegie y el Dr. Alex Hrdlicka, antropólogo del Instituto Smithsonian.

La presencia de estos indios en Washington dió lugar a que los más connotados científicos de Smithsonian Institution se dedicaron a su estudio. Incluso, Alex Hrdlicka, jefe del Departamento de Antropología y célebre americanista, dedicó una teoría a los Cuna, relacionándolos con los Mayas, basándose primordialmente en las medidas antropométricas tomadas por Baer durante la expedición. Frances Densmore, etnomusicóloga, hizo grabaciones y estudió sus músicas y danzas; los lingüistas Fewkes y Harrington se ocuparon del idioma. Todo ésto dió origen a diversas publicaciones, que contribuyeron a aumentar el interés por este grupo humano panameño. Acerca de la permanencia del grupo de indios Cuna en Washington y de algunos aspectos de su lengua y cultura se expresó así Walter Fewkes: “En Octubre de 1924 R. O. Marsh trajo a Washington un grupo de ocho indios Tule de Panamá, quienes permanecieron en la ciudad hasta Enero de 1925. Esto ofreció la oportunidad para estudiar el lenguaje, que, es muy peculiar e interesante. Poseyendo sólo 18 letras y empleándolas largas y cortas, suena al oído más bien como finlandés que como un antiguo lenguaje indígena. El lenguaje puede ser descrito como melodioso, simple y flexible en estructura y muy rico y extenso en vocabulario. Es hablado con muy ligeras diferencias dialectales, por una gran cantidad de indios que antiguamente ocupaban una franja de la costa caribe de más de 240 millas de largo, entre la Zona del Canal y el Sur del Río Atrato, como también las numerosas fértiles islas de la costa. Se obtuvieron listas de términos sociales, nombres de



Margarita Campos luce un vistoso sombrero de plumas. (Foto. Smithsonian Institution).



Niños así vió y estudió con mucha penetración en el siglo XVII Lionel Wafer.

lugares, plantas y animales y designaciones de objetos de cultura material. Cantos y discursos se recogieron en dictáfono.

Los indios han sido llamados Tule, Cunas, Comagres y San Blaseños. De estos nombres el primero es preferible porque es el nombre nativo de la tribu: la palabra "Tule" que significa simplemente "indio", entendiéndose que se refiere a indios de ese particular lenguaje y cultura. Se realciona con la palabra "tula", que significa 20, ésto es todos los dedos de la mano y pies, un indio completo.

La colección de objetos etnológicos donada por Mr. Marsh al National Museum fue examinada por los indios informantes y los nombres nativos de los objetos fueron grabados, junto con la información acerca de su uso. El mejor informante del grupo era el jefe "Igwa", quien es "capitán" de más de diez islas y es uno de los líderes de los consejos tribales. Ha viajado mucho a través de la región Cuna y conoce cientos de lugares por su nombre, por lo que es un buen informante etnográfico. El jefe prepara un gran mapa mostrando esos lugares"

Después de cuatro meses en Estados Unidos, los indios regresaron a Panamá, con la excepción del más pequeño de los tres albinos —llamado Sipu, pero quien parece haber adoptado posteriormente el nombre de Perry Marsh— quien quedó en Nueva York bajo la protección de una familia norteamericana y años después regresó. El viaje de vuelta se hizo en barco, fueron hospedados en el Hotel Washington, en Colón, y de allí se dirigieron a sus islas respectivas.

Es indudable que el viaje de estos indios a Estados Unidos de Norteamérica, y sobre todo la aventura darienita que llevó a cabo su protector buscando los “indios blancos”, tuvo influencia dentro de su cultura aborígen. Por ejemplo, en el Acta de Independencia de la República de Tule —que indudablemente debió haber sido hechura de Marsh— se lee así: “El pueblo de Tule, en número de cincuenta mil, es el último descendiente de una raza que se distinguió en tiempos pasados por su gran civilización. Antropólogos de reconocida fama han declarado que nosotros descendemos de antiguos mayas que constituyeron una tribu de las más civilizadas del mundo. El origen de nuestros antecesores y los detalles de su cultura están encerrados en el misterio, pero el recuerdo de nuestra pasada grandeza nos queda todavía como una herencia de nuestros ascendientes”. En esta afirmación es posible observar un acentuado sentimiento etnocéntrico. En efecto, la conciencia de su propio valor y que eran objeto de interés científico se difundió ampliamente entre ellos. Dado que constituyen una cultura caracterizada por un fuerte espíritu comunal, es lógico suponer que tras su retorno, los viajeros contaron repetidas veces, en Congresos Generales y Locales, sus experiencias en los lugares y con las personas que conocieron. Es sintomático que cuando, años después, llegaron a San Blas, antropólogos suecos, franceses, norteamericanos y panameños, se han prestado pasiva y voluntariamente para las investigaciones científicas, constituyéndose en magníficos informantes y cooperadores.

D. B. Stout ha señalado, acertadamente, que la influencia fue también de tipo político, ya que logró acentuar con el distanciamiento de Inapaquiña, la separación que se manifestó formalmente en 1948, cuando en Congreso General en la isla de Tubalá, se estableció la existencia de tres cacicazgos:

Yabiliquiña: Primer Sáhila Tummadi
Olotebiquiña: Segundo Sáhila Tummadi
Estanislao López: Tercer Sáhila Tummadi.

Cada uno de estos caciques generales ejerce autoridad sobre un sector del archipiélago, señalado por las antiguas zonas de

influencia de los sáhilas antecesores: Inapaquiña, Nele Kantule y Charles Robinson.

Es interesante observar, pues, como el interés por los albinos Cuna, la leyenda sobre los "indios blancos" que se tejió en torno a ellos, dió por resultado el incremento de los estudios antropológicos entre los grupos indígenas de Panamá, como también, estuvo indirectamente relacionada con un pasaje histórico de Panamá: la Revolución de Tule, y contribuyó a definir la actual estructuración política Cuna.

BIBLIOGRAFIA

- ANONIMO A Letter. Giving a Description of the Isthmus of Darien: (Where the Scot's Colony is Settled) From a Gentleman. Who lives there at Present. Edinburgh, 1699.
- ARAUZ, Reina Torres de El Mito de los Indios Blancos del Darien y su Creador Richard O. Marsh. Cuadernos de las Facultades, Universidad de Panamá, Panamá, Agosto de 1960. Pp. 31-64
- COMAS, Juan Manual de Antropología Física. Fondo de Cultura Económica. México. 1957
- DENSMORE, Frances Songs and Instrumental Music of the Thule Indians of Panama. January, 1925. Ms. No. 3090. Bureau of American Ethnology. Smithsonian Institution.
- DOBZHANSKY, Theodosius Evolution, Genetics and Man. New York, 1958
- FEWKES, J. WALTER Forty Second Report of the the Bureau of American Ethnology. Smithsonian Institution.
- HARRIS, Reginal Gordon "Los Indios de Panamá. Los Indios Tule de San Blas". Panamá, Imprenta Nacional. 1926. "The San Blas Indians", American Journal of Physical Anthropology. Volume 9, No. 1, 1926.
- RHDLICKA, Alex The Indians of Panama. Their Physical relation to the Mayas. American Journal of Physical Anthropology. Voume 9, No. 1. 1926
- IANNELLO, Reina Torres de "La organización política Cuna". Lotería. Volúmen III. No. 30, 1958.

- KEELER, C. E. Land of the Moon-Children. Athens, Ga. 1956.
- KRIEGER, H. W. Material Culture of the People of Southeastern Panama. Washington, 1926.
- MARSH, Richard O. "The discovery of the White Indians of Panamá". As told by R. O. Marsh, their discoverer, to Watson Davis. Copyright: 1924, by Science Service.
"The White Indians of the primitive people of Southeastern Panama". Manuscript on file in Division of Ethnology U.S. National Museum, October, 1923. Transferred to Archives of Bureau of American Ethnology. Smithsonian Institution. March 1959.
"White Indians of Darien". Putnam's Sons. New York, 1934.
- NORDENSKIÖLD, Erland An historical and Ethnological Survey of the Cuna Indians. Göteborg, Sweden. 1938.
- PAEZ, Gumersinda "Los Indios Cuna de San Blas y la rebelión indígena del año 1925", Panamá, 1941.
- PUIG, Manuel M. "Los indios Cuna de San Blas". Panamá
- STAR AND HERALD "Act of Independence". Panama, Friday, February 27, 1925. "No blond indians yet found by scientist". March 2, 1924.
- STOUT, D. B. "San Blas acculturation an Introduction". Viking Foundation Publication in Anthropology. Number Nine. New York. 1947.
- VELASQUEZ, Osvaldo Dr. "El Albinismo entre los Indios Cuna. En Prensa.
- WAFER, Leonel A New voyage and description of the Isthmus of America. Hakluyt Society. 2d. Series. Vol. 73, 1933. London.
Viajes de Lionel Wafer al Istmo del Darien (Cuatro Meses entre los Indios). Traducidos y anotados por Vicente Restrepo. Publicaciones de la revista "Lotería". No. 14. Panamá, 1960.
- WASSEN, Henry Contribution to Cuna Ethnography. Results of an expedition to Panama and Colombia in 1947. Ethnologiska Studier, No. 16. Goteborg, 1949.

LA LOTERIA Y LA ASISTENCIA SOCIAL

De acuerdo con informaciones oficiales, la contribución de la Lotería Nacional de Beneficencia para los programas de asistencia social durante el año recién terminado, han superado todas las cifras de la historia de la entidad y han alcanzado una dimensión aún más elevada de la que se había calculado para ese período. Gracias a esos aportes, el Gobierno Nacional ha podido ampliar y mejorar la labor que los hospitales, orfanatos, asilos, guarderías infantiles, casas-cunas y otros servicios similares, están realizando para llevar alivio, consuelo y esperanza a los pobres, a los enfermos y a los desamparados.

En varias ocasiones, hemos señalado que resulta lamentable la necesidad de recurrir al juego y otras actividades de esa naturaleza para arbitrar fondos destinados al cumplimiento de los servicios públicos. Pero mientras tales tendencias persistan en el ser humano, es evidente que lo más positivo es utilizar su explotación en beneficio de la comunidad, y especialmente para proteger a los más necesitados.

Por otra parte, las actividades de la Lotería Nacional constituyen, en verdad, un freno para la inicua explotación de que los grandes empresarios del juego clandestino hacen víctimas a las grandes mayorías populares de nuestro país. Mientras más oportunidades ofrezca la entidad oficial para que los aficionados al juego obtengan premios en un sistema honesto y confiable, con beneficios para las obras de asistencia social, menos intensa será la explotación ilegal y estafadora del chance, la bolita y otras loterías fraudulentas, que solamente sirven para enriquecer a unos cuantos privilegiados inescrupulosos.

Por eso, estimamos digna de encomio la labor que está desarrollando la Lotería Nacional de Beneficencia en el sentido de expandir sus actividades no solamente para

aportar mayores sumas a los servicios estatales, sino también para dar oportunidades de trabajo a mayor número de vendedores de billetes y chances oficiales, y abrir nuevas posibilidades de solución para las angustias económicas de quienes confían en la suerte y el azar para aliviar sus necesidades.

En tal sentido, la labor de consolidación de prestigio, de orden y seriedad en la administración, de responsabilidad en el cumplimiento de sus funciones, que está realizando la Lotería Nacional, merece el reconocimiento de la opinión nacional.

(Tomado de "Crítica" — 12 de Enero de 1967)

El presente depende de cuánto gaste y el futuro de cuánto guarde. No importa cuáles sean sus ganancias; un presente de austeridad es un futuro de prosperidad.

Abra hoy mismo una cuenta en la

CAJA DE AHORROS

DEPOSITO INICIAL: B/5.00

OFICINAS: — PANAMA: Vía España — Ave. Séptima Central
COLON: Avenida del Frente, esquina con Calle V.

DOS SONETOS DE RICARDO MIRO

EL AMOR QUE PASA

*Llegué a tu puerta y la encontré cerrada.
Tañía en la mano mi laúd divino
y, cantando, seguí por el camino
bajo la noche pura y estrellada.*

*Estaba todo azul. . . El cielo, en calma,
era un cofre volcado sobre un raso.
El cielo casi parecía un pedazo
del azul infinito de mi alma.*

*Tu soñabas tal vez. En la mañana,
al abrir el cristal, de la ventana
voló una nota última, perdida;*

*Y presentiste llena de rubores
que el amor con que sueñan los amores
llegó a buscarte y te encontró dormida.*

1918.

ANFORA VACIA

*Estás en el crepúsculo florido
de tu primera juventud. . . Yo paso
bajo el arco solemne de mi ocaso
último, hacia la muerte y el olvido.*

*Nada quiero de tí; nada te pido. . .
Ni una gota de miel para este vaso
que tu llenaste de amargura. . . Acaso,
ya mejor que tu amor será tu olvido! . . .*

*Amé la gloria y se rompió en mi mano
como una estrella de cristal. . . Ya vano
todo result'a a la esperanza mía,*

*y pienso, sin rencor y sin tristeza,
que un día me encontré con la Belleza,
cayó en mis brazos y la hallé vacía!*

* *

ERRATA

Por involuntario azar se omitieron los versos penúltimos de las estrofas quinta y sexta del Responso a Verlaine, página 28, que a continuación ofrecemos:

con ansias y temores entre las linfas luche,
de una extrahumana flauta la melodía ajuste

Colaboradores de "Lotería":

60 COLABORADORES DE LA REVISTA "LOTERIA" EN EL AÑO 1966



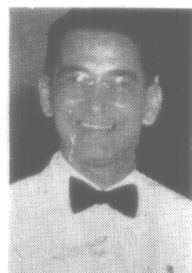
Sra. González B.
Leticia A. de
Directora



Bach. Susto
Antonio Sucto
Editor



Prof. Miró G.
Rodrigo
Editor



Lic. Abrahams
Enrique Gerardo



Sr. Aizpurúa
Armando



Sr. Alba C.
Manuel M.



Dr. Alfaro
Ricardo J.



Dra. Araúz
Reina T. de



Dr. Arias C.
Ricardo



Dra. Bolaños
Mercedes



Arq. Brenes
René



Prof. Carles
Rubén Darío



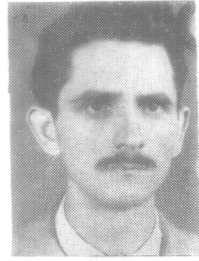
Prof. Castellero R.
Ernesto J.



Sr. Cedeño
Virgilio



Ing. Clare L.
Horacio



Lic. Conte P.
Jorge



Sr. Cowes
Roberto A.



Prof. Cordero
Roque



Sr. Chia'i
Roberto F.
Ex_Pres. Panamá



Excmo. Díaz O.
Gustavo
Pres. México



Prof. de Diego
Carlos A.



Dr. Domínguez C.
Diego



S. E. Eleta A.
Fernando
Min. RR. EE.



Sr. Escobar
Leonidas



Prof. Fortune
Armando



Sr. Franceschi
Víctor Manuel



Dr. García A.
Isaias



Dr. Gasteazoro
Carlos Manuel



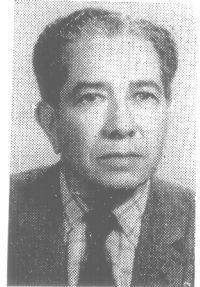
S. E. Gómez M.
Alejandro
Emb. México



Sr. Gómez
José Félix



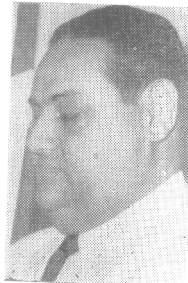
Sr. de la Guardia
Ernesto
Ex-Pres. Panamá



Sr. Jacinto F.
Daniel



Sr. Laurenza
Roque Javier



S.E. Levy S.
Camilo
Jefe Protoc.



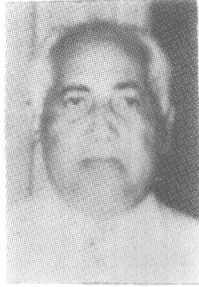
Sr. López C.
Carlos



Excmo. Lleras R.
Carlos
Pres. Colombia



Sr. Martin A. Damaso



Prof. Mejía D. Miguel



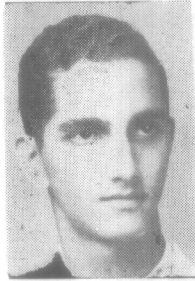
Dr. Mora José Antonio
Srio. O.E.A.



Sr. Moreno D. Julio César.



Sr. Oller N. José



Dr. Osorio O. Alberto



Dr. Osorio Luis Enrique
colombiano



Prof. Pezet Magdalena H. de



Dr. Pinilla Ch. Julio



Excmo. Robles Marco Aurelio
Pres. Panamá



Sr. Rodriguez Gustavo



Prof. Rodriguez Mario Augusto



Prof. Ruíz
María Berenice



Prof. Sáez
Rosalina



Prof. Sánchez
Luis Alberto
Rector S. Marcos
Lima.



Prof. Silvera
Eudoro



Sra. de Tapia
Lola Collante



Dr. Téllez
Hernando
Colombiano



Excmo. Trejos F.
José Joaquín
Pres. Costa Rica



Sr. Tuñón
Federico



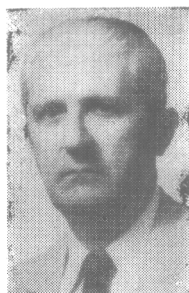
Sr. Undurraga
Antonio
Chileno



Prof. Velásquez
Federico



Dra. Vidal F.
Mercedes L.



Prof. Zárate
Manuel F.